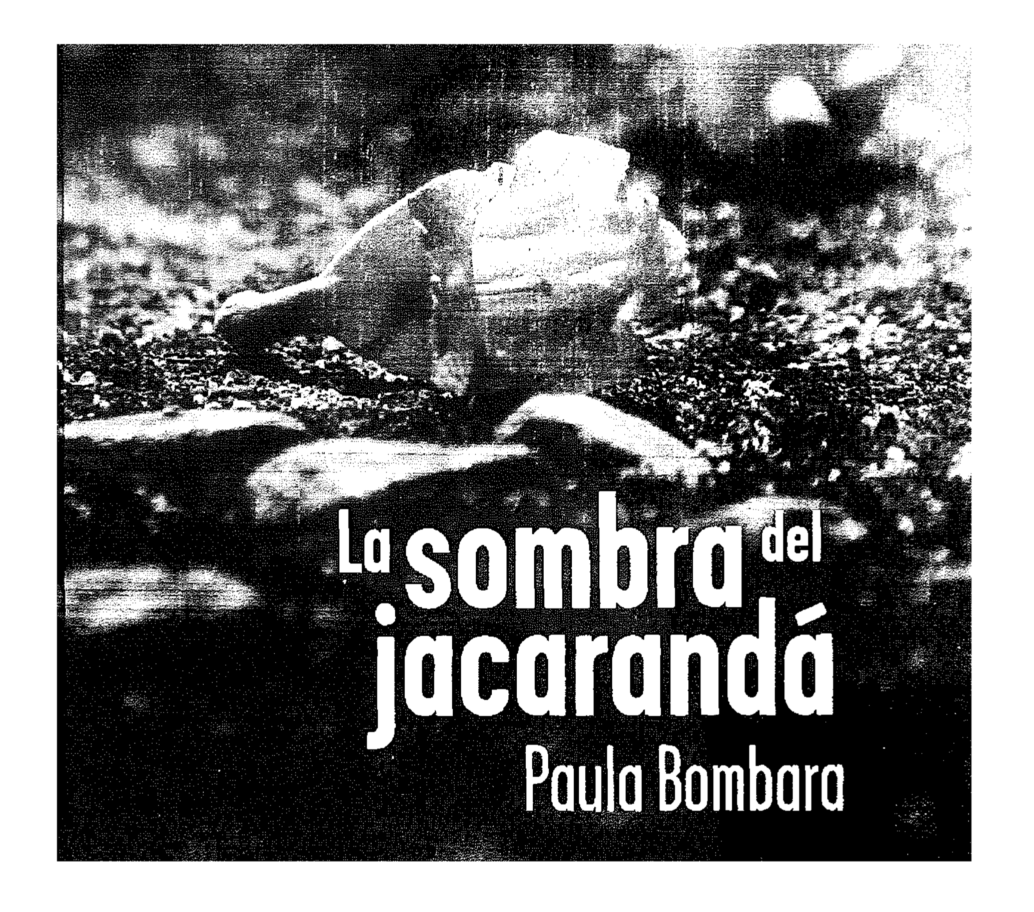

La sombra del
jacarandá
Paula Bombara



La sombra del jacarandá

Paula Bombara



www.normainfantilyjuvenil.com/ar

Bombara, Paula
La sombra del jacarandá / Paula Bombara ; editado por Laura Leibiker ; Laura Linzuain. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2023.
152 p. ; 21 x 14 cm. - (Zona Libre)

ISBN 978-987-807-080-3

1. Narrativa Infantil. I. Leibiker, Laura, ed. II. Linzuain, Laura, ed. III. Título.
CDD A863.9282

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Primera edición: enero de 2023

Dirección editorial: Laura Leibiker
Edición: Laura Linzuain
Corrección: Patricia Motto Rouco

Jefa de arte: Valeria Bisutti
Diagramación: Romina Rovera

Gerenta de producción: Paula García
Jefe de producción: Elías Fortunato

Viñeta de contratapa: Mariana Ardanaz
Créditos de imágenes: Gettyimages.es

CC: 61103811
ISBN: 978-987-807-080-3

A Emiliano y a Juana.
A Juana y a Emiliano.
Por el amor profundo y sin fin.

...

tengo esta culpa que no se silencia
es un dictador dentro mío

Un ruido que solo sentencia
cargo una piedra conmigo
pesa mil kilos de viejas creencias

...

WOS, "Culpa" (2021).

Pienso que cada instante sobrevivido al caminar
y cada segundo de incertidumbre,
cada momento de no saber, son la clave exacta
de ese tejido que ando cargando bajo la piel.
Así te protejo; aquí sigues dentro.

Natalia Lafourcade, "Hasta la raíz" (2015).

1

En la nocturna

En un atardecer de otoño, en una clase de Literatura, en un aula como tantas otras, están leyendo una novela.

A cada vuelta de página, una voz diferente.

Lo que se cuenta provoca algo único en cada persona que lee y, a la vez, algo común, colectivo, que flota en el aire.

Algo que perdura cuando hacen silencio, cuando una silla se mueve, cuando alguien respira fuerte.

Algo que de ser un globo, una pelota o una pluma, jamás tocaría el suelo.

Llega el turno de Roberto, tiene que leer el final.

Carraspea antes de empezar. Leer en voz alta y de corrido no es fácil para él.

Esa chica, la protagonista, le recuerda a su hija Catalina, la única, la que vino a revolucionarle la vida, la que logró lo que nadie: que retomara la secundaria

en la nocturna del barrio. *¿Para qué?*, se reía él. Y ella, indignada: *¿Cómo "para qué"? ¡Para vos, papá, para vos! ¿Qué vas a hacer ahora que te jubilaste?*

Roberto lee concentrado en las frases.

No quiere que se le presente ninguna imagen, ningún recuerdo que lo distraiga de la lectura. Lo que quiere es terminar de una vez para que se le aquiete el corazón. Pero ya es tarde: la novela y la memoria hicieron lo suyo, no lo puede evitar. La chica de la historia, lo que dice en esa página final, ya se le está colando entre los dientes, entre la lengua y el paladar. Ya se imagina sin su hija, ya sabe que la extrañaría cada día, ya se traba en un renglón y tiene que volver a leerlo.

Después de la última frase no cierra el libro, no puede.

Escucha un suspiro.

Alguien se suena la nariz.

Alguien tose con timidez antes de preguntar si la chica encontró al papá desaparecido.

Alguien dice que el final es muy abierto.

Alguien murmura que nunca se puso a pensar en todo lo que estaba pasando durante "el Proceso".

Alguien recuerda a unos vecinos desaparecidos y comenta que no se supo nada más de ellos, que la familia al día de hoy los llora, los busca.

La profesora, conmovida ante el recuerdo de esos vecinos, responde y da inicio a una charla que pretende prolongar por varias clases.

—Es tremendo, pero en muchos casos no hay datos, por eso se los sigue buscando. De otros se sabe que los arrojaron desde aviones al Río de la Plata o que fueron enterrados clandestinamente en cementerios. A propósito de lo clandestino, les cuento que la semana que viene vamos a ver una película llamada *Infancia clandestina*. ¿La conocen?

Algunas personas dicen que sí, otras que no.

Roberto no escucha. En su memoria da vueltas una frase: *enterrados clandestinamente enterrados clandestinamente en* los *cementerios enterrados en* los *cementerios clandestinamente enterrados clandestinamente clandestinamente clandestinamente...*

Un dejo del decir de la protagonista se le pegó en el pensamiento. Algo de esa repetición le hace eco en recuerdos propios.

Suena el timbre.

Mientras se levantan de los asientos la profesora eleva la voz y les pide:

—¡Esperen a la próxima clase para ver la peli, por favor! ¡No se adelanten!

Roberto se queda sentado, abstraído. Ella se le acerca. Ese hombre grande, de manos callosas y mirar opaco, la intriga. No sabe gran cosa sobre él, salvo que tiene una hija adolescente y que enviudó de pronto, hace más de un año.

—¿Se siente bien, Roberto?

La pregunta lo saca del trance. Contesta que sí, que se quedó pensando.

—Ah, bueno, ¡me alegro! Lo felicito por la lectura. ¡Mejoró mucho! —agrega la profesora, para animarlo.

Él le agradece y se apura a guardar todo en la mochila. Todo: también los recuerdos.

2

Pastel de papas

Insistente, la frase acompaña a Roberto durante el camino a casa. No se detiene cuando llega y se mete en la ducha.

Enterradosclandestinamenteenloscementerios enterrados clandestinamente enloscementerios enloscementerios enterradosclandestinamente clandestinamenteenloscementerios clandestinamenteenloscementerios enloscementerios enloscementerios enterradosenloscementerios

Se baña con movimientos mecánicos, repetidos.

Él sabe algo. Sabe y nunca, nunca, nunca lo contó.

Le rebota en la memoria algo más de lo que escuchó en clase: *La familia al día de hoy los llora, los busca al día de hoy los llora, los busca los busca los llora, los busca...* ¿Por qué no lo contó?

Se responde que no le parecía gran cosa. Pero... ¿por qué nunca habló si no era gran cosa?

Roberto ya se está frotando la espalda con la toalla. Aquella fue la única vez que lo apuntaron con un arma. Entonces sí fue una gran cosa... ¿O no?

De la nada, en su memoria aparece el recuerdo de unas ratas que vio salir de un rincón abandonado cuando volvía de la nocturna. ¿Qué significa esa imagen? ¿Qué tiene que ver con su recuerdo? ¿Es una manera de decirse "cobarde"?

Ya vestido, se peina y se mira las ojeras. *Los llora, los busca* sigue repitiéndose frente al espejo, como un eco de lo que fue la clase de Literatura.

En la cocina Catalina tararea bajito una canción de moda y arregla el interruptor de su velador sentada a la mesa. Cuando escucha que el papá se acerca, lo mira y le sonríe.

—¿Todo bien en el colegio, pa? Después acomodo este desparramo de herramientas —le dice mientras pela el extremo de un cable.

Él la mira con orgullo. No todas las chicas se atreven con la electricidad, pero a ella le alcanzó con una tarde para entender lo básico. *Cada día más parecida a la madre*, piensa mientras relojea desde arriba lo que está haciendo la hija.

—Contame, papi, y cebame un mate aunque sea tarde. ¿Cómo te fue?

—¿Mate? Estoy muerto de hambre.

Catalina lo mira mientras aprieta el tornillito que retiene las hebras de cobre en su lugar. Sonríe. De sorpresa, le preparó al papá su comida preferida.

—Uy, uy, uy... Qué mala onda... Bueno, fijate en el horno, que te dejé unos fideos.

Roberto no tiene ganas de cenar fideos recalentados, por eso va mascullando algo parecido a un enojo, ajeno a la broma de la hija. Al tiempo que abre la puerta del horno y ve el pastel de papas con una velita, escucha que Catalina suelta una carcajada. Se da vuelta y se encuentra con la mirada brillante, con la sonrisa enorme, con la hija que se acerca con los brazos abiertos.

—¿Pensaste que me había olvidado? ¡Feliz cumple!

Lo abraza con firmeza. Roberto tarda en reaccionar. ¿Hoy es su cumpleaños?

Festejar le cuesta. Siempre le costó. Lo siente un privilegio, algo que no merece. Que su hija lo sorprenda así, justo ese día que la tuvo tan presente, le provoca una emoción enorme, abrumadora. Hace fuerza para trabarla en la garganta, pero no lo consigue.

¿Los padres viudos pueden permitirse llorar?

Se pelea con la emoción como un jinete que no logra domar la monta.

Tose fuerte, tratando de que las lágrimas que le saltan por los ojos, salvajes, salgan disimuladas.

Catalina se asusta y se separa del abrazo. Lo hace sentar en una silla, le busca un vaso de agua mientras dice:

—¡Papi! ¿Qué pasa? ¡Ey, pa! ¡Hablame!

Roberto no puede hablar.

Reconoce que la emoción comenzó a latir cuando escuchó la voz dulce de la profesora iniciando la ronda de lectura.

¿Y si él hubiera muerto aquella mañana de la que nunca habló?

Catalina no habría existido nunca. Eso lo hace llorar, esa es la verdad que lo desborda: que no gatillaron las armas y que mucho tiempo después conoció a Milagros. Que vivió contento tantos años con su esposa. Que nació Catalina cuando ya estaba resignado a que no se le cumpliría el deseo de ser padre. Esa hija que hoy le hizo un pastel de papas y le puso una velita en el medio. Esa hija siempre sorprendente.

¿Se cumplen años si no hay alguien querido que los festeje?

Con la lengua aún trabada, las lágrimas aún saliendo, Roberto se da cuenta de que necesita tomar las manos de Catalina para aferrarse al presente. Lo necesita, lo hace y ella le responde el apretón.

3

El potro y la lapicera

Para Roberto las emociones tienen la forma y el temperamento de un potro. Lo descubrió de chico y ese saber le sirvió para atravesar una infancia dura como la mismísima cordillera.

Siempre se dijo *sooo, chico* ante la bronca y necesitó correr para procesar la ansiedad. Siempre acompañó las alegrías con algo de azúcar y retrocedió al sentir desconfianza.

Siente que con las décadas logró amansar esa parte de sí y, sin embargo, en días como hoy, se retoba y bufa la pena como si fuera un potrillo asustado, bravío, con frenos que duelen apretándole la boca.

—Contame qué pasó, pa. Que ya sé que esto no es solo porque me acordé de tu cumpleaños —le dice Catalina intentando sin éxito que él sonría.

Roberto, con la espalda encorvada, con el pecho oculto, busca palabras. No tiene tantas. Las de toda la vida le entran en un puño y las nuevas, las que está conociendo ahora, casi no las ha usado.

—Me atraganté con saliva, ya está.

—Dale, viejo, no me jodas. ¿Qué pasó?

—Ya está, ya está. Un recuerdo feo. Ya está.

—¿Recuerdo de qué? ¿De mamá? ¿Del trabajo? ¿De cuando eras joven?

—De los primeros tiempos del trabajo, sí.

Catalina sabe que a su papá le cuesta hablar. Se da cuenta de que eso que asomó gracias a la emoción está volviendo a sumergirse.

—Contame —insiste ella en un susurro, con temor de haber activado alguna trampa que lo haga callar.

—Esa novela que estamos leyendo... —dice Roberto.

—¿En la nocturna?

—Sí. Me hizo pensar en cosas que me pasaron en el trabajo.

Roberto se endereza, se toca el centro del pecho y respira fuerte para vencer los saltos de la emoción. La hija lo mira, también se endereza. Quiere preguntar cuál es la novela, pero decide callar y averiguarlo después.

—De cuando era pibe, de cuando recién empezaba.

Catalina intenta imaginar, unir los retazos que suelta el papá para colar alguna pregunta que sirva. Aún no puede. Ese silencio que lo cerca siempre fue difícil para

ella. A él se le siguen cayendo las lágrimas. Antes estaba la mamá ocupándose de acallar los vacíos con su voz vibrante y sus carcajadas. Ahora que no está, ¿qué se hace?

—¿Qué vas a pensar de mí? —pregunta Roberto después de un rato, con voz quebrada.

—Nada, papi. Nada —afirma Catalina, conmovida, aún sin entender a qué se refiere.

Roberto se seca los ojos con el puño del pulóver. Respira bufando, como el potro que lo habita. Recién cuando se calma puede mirar a la hija.

—Yo no sé qué me pasó.

—Te vino un recuerdo, pa, nada más...

—Una compañera dijo algo que no termino de creer.

—¿Qué dijo?

—Que a los desaparecidos los siguen buscando.

—Y sí. Tiene su lógica, ¿no? Yo lo haría. Yo te buscaría.

—¡Pero pasaron más de cuarenta años!

—¿Y qué? Yo te buscaría, pa. Y vos a mí también. Estoy segura.

Cuando Catalina ve que el papá está más calmado, propone calentar el pastel y comerlo. Soplar la velita, no. Le parece que no va. Darle el regalo, sí.

Mientras Roberto pone los platos y los vasos, ella abre el cajón de los cubiertos y saca el paquete cuidando que no se despegue el moño. Gira y se lo entrega.

—Feliz cumple, pa. Ojalá te guste —le dice con ternura.

Él se sorprende de nuevo. Pensó que el regalo era el pastel de papas. Lo toma y lo abre despacio. Adentro hay un cuaderno de tapa dura y una lapicera en una cajita transparente. Se queda mirándolos.

—Fijate en la lapicera, ahí... Leé lo que dice —pide Catalina, ansiosa.

Roberto hace lo que la hija le indica. Ve que en la lapicera está grabado su nombre: Roberto Romero. Sonríe. Nunca nadie le regaló algo así.

—¿Te gusta?

A Roberto le encantaría decirle a su hija palabras bonitas, frescas, coloridas, pero no le salen.

—Mucho, Cati. Gracias. Gracias por todo.

Ella sonríe de nuevo, le dice que le encanta sorprenderlo y que destape la gaseosa, que tienen que brindar.

—¿Brindar? ¿Antes de comer?

—¿Por qué no? Brindemos antes y después, pa. Cumplir años significa que estás vivo, ¿no? Así decía la mami —responde ella ofreciéndole los vasos vacíos para que los llene—. ¡Chin chin!

—Por la mami, entonces.

—Eso. Y por nosotros dos, que seguimos acá, poniéndole a la vida el pecho y la alegría, en versito, como ella nos pidió.

4

A cientos de kilómetros

En otra familia, que nada tiene que ver con la de Roberto y Catalina, Mateo y Agustín están yendo a la casa de la mamá. Ella acaba de regresar de uno de sus viajes de trabajo, hace diez días que no la ven.

Cada vez que se juntan después de tanto tiempo, Mercedes los recibe llena de ganas de saber en qué andan. Así que mientras caminan discuten si le van a contar o no, porque andan en algo que saben que a ella no le va a gustar.

—¡Cómo están, los extrañé mucho! —exclama Mercedes con una amplia sonrisa, caminando hacia ellos apenas traspasan la puerta.

Agustín tira la mochila en el piso y va a paso rápido a estrechar los brazos abiertos de su mamá. Todavía

entra en el abrazo, aunque están parejos de altura. Mateo, en cambio, desde que pegó el estirón la pasa por más de una cabeza, algo que aún les resulta raro a los dos.

—Llegan justo para ver la puesta de sol —dice ella luego de abrazar y besar a los hijos.

—Sí, qué bueno —responde Agustín, mientras va para el balcón.

Mateo y Mercedes se reúnen con él.

En silencio, disfrutan esos pocos minutos que demora el planeta en girar y perder al sol más allá del horizonte, compartiendo una vez más esa especie de ritual instalado entre los tres desde que viven en el departamento de piso alto, hace ya seis años.

—Qué hermosura, siempre diferente, qué bárbaro. Y cómo se nota que se están acortando los días, ¿no? Bueno, les traje algunos regalos, esperen que los voy a buscar —comenta y anuncia la mamá, en el tono eléctrico que le conocen bien, mientras se dirige a su habitación.

Los chicos se quedan en el balcón un momento más, mirándose y mirando los movimientos de ella, que vuelve con un par de bolsas en cada mano.

—Bueno, por un lado, fui a ver un partido de la NBA y les traje unas camisetas de los Boston Celtics. Por otro, en el curso nos dieron muchos *gadgets* y se me ocurrió que podrían interesarles. Parlantitos, unos *memory sticks*, unos *pads*, esas cosas.

—Gracias, ma —dice Mateo, mientras hace el cálculo mental de cuántos pesos podría juntar si revendiera *online* la camiseta.

—¡Está rebuena! Uy, justo necesitaba un *pendrive*, ¡gracias! —exclama Agustín, quizá con demasiado entusiasmo, para compensar la cara seria de su hermano.

Mercedes los mira. Nota que están algo tensos. Pregunta qué pasa. Agustín se sienta en el sillón. Mateo también.

—Nada, ma.

—Eso, nada. ¿Cómo te fue a vos? —pregunta Agustín para distraerla.

Mercedes les sonríe.

—Vaaaamos... que los conozco como si los hubiera parido... —responde ella sentándose frente a los chicos—. Cuéntenme.

Agustín mira a Mateo, que le hace una mueca. Se quedan en silencio. Mercedes insiste:

—¿Tan grave es que no quieren contarme? Me están asustando...

Mateo suspira, mira a Agustín como diciendo *y bueno, allá vamos* y empieza a hablar.

—No, ma, no es grave. Te lo voy a decir de una. Nosotros sabemos que a vos no te gusta hablar de esto, pero queremos saber sobre los abuelos Jorge y Susana. En estos días empezamos a buscar información.

A Mercedes se le nota la incomodidad aunque permanezca en silencio; se le arruga un poco el ceño, cruza

y descruza las piernas. Agustín se frota las manos. Mateo continúa.

—También...

—¿Por qué quieren saber? —interrumpe ella, procurando que la voz no revele su total desacuerdo con lo que los chicos están haciendo.

—Queremos saber qué les pasó, nada más —responde Agustín—. Sabemos que vos no, pero nosotros sí queremos saber. Papá nos contó...

—¿Qué les contó su padre? ¿Él está detrás de todo esto?

—¿Qué? ¡No! Es algo de Agus y mío —reacciona Mateo.

—De hecho, no le dijimos nada a nadie. Es algo nuestro... —Agustín se calla al ver que su mamá se para y va a la cocina—. Dejanos terminar, ma... ¡Ma!

—...

—Listo, Agus. Ya fue —dice Mateo, molesto por la reacción de su mamá.

5

¿No se habla más?

Mercedes vuelve con una copa de vino en la mano y se sienta en el mismo lugar que antes. Notan que tiene los ojos enrojecidos. Agustín vuelve a hablar.

—Ma, lo único que queremos es saber qué les pasó a los abuelos y por qué.

—Eso —confirma Mateo—. Es nuestra familia; queremos saber... Tenemos derecho a saber.

—Si a vos te parece, te podemos contar lo que vayamos averiguando, pero si no querés, no te contamos y listo, no pasa nada —agrega Agustín, mucho más suave que su hermano mayor—. Capaz hasta te dan ganas de ayudarnos, qué sé yo.

Los chicos cruzan una breve mirada y se quedan callados ante Mercedes, que, muda y seria, continúa sosteniendo la copa en la mano derecha, sin beber. Luego de unos minutos, se para y, con una mueca que no

terminan de descifrar —¿dolor?, ¿disgusto?—, vuelve a la cocina.

Los chicos se quedan en el sillón, callados, mirando sus celulares. Afuera anochece y la luz, gradualmente, deja el living a oscuras.

Agustín busca al hermano en el chat y le escribe:

¿Salió todo mal?

No sé. No *importa*. Nosotros *seguimos*.

Mateo mira a Agustín; distingue que sigue escribiendo. Recibe el nuevo mensaje. Lo lee:

¿Y si tenemos que pedirle ayuda?

Veremos. Por ahora no la necesitamos.

¿Seguro?

Sí.

Mateo apaga el celu, se para, lo guarda en un bolsillo y se va para la pieza. Desde el sillón Agustín escucha que le habla a Mercedes al pasar:

—Ma, me voy a dar una ducha. ¿Después pedimos pizza?

—Dale —responde Mercedes con voz de "acá no pasó nada".

Esa noche transmiten un partido amistoso de las Leonas contra Australia. Eso también lo habían contemplado: *En caso de hablar del tema, miramos a las Leonas con mamá*, le había dicho Mateo a Agustín. Para ella los deportes son importantes, varias veces la han

escuchado decir que son una "tabla de salvación". Saben que de chica jugó como defensora en el equipo de *hockey* de su club y que podría haber aspirado a un lugar en la selección nacional, pero no tuvo coraje para oponerse al nono, su abuelo, el hombre que la crio. También saben que dejó de entrenar al terminar la secundaria para dedicarse de lleno a estudiar Abogacía, como él.

Con la pizza ya cortada en porciones sobre la mesa ratona, los hermanos se sientan frente al televisor deseando que las Leonas ganen, así Mercedes recupera el buen ánimo. Pero no ganan, empatan. Cuando termina el partido, al tiempo que se levanta del sillón, dice:

—Y bueh, como la vida: si termina empatada, es ganancia. Siguen siendo campeonas. Aunque empaten, ¡aunque pierdan!, siempre serán campeonas para mí. Me voy a dormir, chicos, perdonen pero casi no dormí en el vuelo. ¿Se ocupan de limpiar todo este lío?

A la mañana siguiente, Agustín se levanta primero, Mateo remolonea. Tienen un poco más de tiempo porque el colegio queda muy cerca de lo de su mamá. Mercedes no está. En la cocina, encuentran una nota sobre la mesada, manuscrita, con indicaciones precisas y un corazoncito al final, como cada vez que ella tiene que ir a trabajar temprano:

Al final no les conté lo bien que me fue en Boston.
Si todo sigue así, los voy a invitar a China en el verano.
Tienen unas medialunas en el horno. ¡Desayunen!
Si vienen a almorzar, hay tarta y hamburguesas en el freezer.

Después hablamos.

Los quiero.
Ma ♥.

Mateo hace un bollo con la nota.

—Me re molesta que haga como que no pasa nada —dice mientras la tira con bronca a la basura.

—¿Y si vamos a hablar con la nona?

—Dale. Tengo un par de exámenes la semana que viene, pero la otra... ¿Vos cuándo podés?

6

Milagros

A la mañana siguiente de su cumpleaños, cuando Catalina se fue al colegio, Roberto agarró el cuaderno y lo abrió.

—Un cuaderno en blanco en las manos de un hombre que ya está cerca de los setenta, ¿qué opinás de esto, Milagros? —susurró después de un rato de marearse entre las páginas vacías.

Una brisa que le refrescó el rostro fue tomada como señal del más allá: Roberto se sintió acariciado. Cerró los ojos para prolongar el recuerdo de las caricias de su esposa.

—¿Vos decís que escriba, entonces?

La respuesta fue la misma sensación, que seguía embargándolo.

Desde aquel momento, cada mañana, después de que Catalina sale y se queda solo, mientras pone a calentar

el agua para el mate, agarra la lapicera y escribe. No logra garabatear muchas frases, pero va sumando. No evita las tachaduras, piensa pasar todo en limpio en algún momento.

Un párrafo a la vez, se dice hoy para alentarse, como si su hermetismo fuera una adicción que hubiera que superar paso a paso.

Relee lo que escribió en el cuaderno los días anteriores:

1. La Mamá

Olga Noemí Espósito. ~~Cosía para afuera~~. Era costurera de profesión. Me acuerdo del ~~olor~~ aroma que tenía en las manos. ~~porque se pasaba~~ Se las cuidaba con una crema rosa ~~que todavía se vende~~. Le gustaba cantar cuando limpiaba la casa. Trabajaba de noche.

2. El Papá

Roberto Romero. ~~Me llamo Tengo Me puso~~ Llevo su nombre. ~~Se patinaba la guita~~. No tengo buenos recuerdos de él. Tenía olor a vino. ~~Los golpes eran de puño El aliento era agrio. Nunca lo quise.~~ No se hacía querer.

3. Fito y Piti

Adolfo y Pedro Romero. Mis ~~hermanitos~~ hermanos. Muertos juntos en la adolescencia. ~~Por meterse~~ Se ahogaron en ese arroyo del demonio. ~~Me dejó~~

~~miedo al agua.~~ A la mamá ~~también~~ le dejó miedo al agua. ~~Por culpa de de la muerte~~ Cuando se murieron a ~~la mamá~~ ella se le puso el pelo blanco.

4. La mamá. Otra cosa.

Me pidió que dejara el colegio para trabajar. Yo tenía quince. Fito trece. Piti doce. Ella ~~no sé. Treinta capaz. T~~ treinta y uno. El viejo se fue y dejó deudas. Lo vinieron a buscar y dijeron que ~~pague pagara pague~~ pague o pagara el pibe más grande o sea yo. ~~Mis hermanos habrían hubieran habrían terminado de estudiar de no ser por la parca.~~

5. El cementerio.

El trabajo me lo consiguieron los que el viejo dejó clavados. Primero me hicieron mirar para ~~curtir el estómago~~ acostumbrarme ~~al trabajo.~~ Cavar era más fácil que estar en los hornos. Me gustaba arreglar cosas. Plomería. Electricidad. Albañilería. Pintura. Entraba temprano. Se suponía que era temporario pero después ~~me hicieron~~ firmé un contrato. ~~Se me hizo costumbre el olor.~~ Conocí al Loco Luis y eso fue lo mejor de todo. ~~Amigo como el Loco no encontré más.~~ Fue mi amigo más querido.

6. El Loco Luis

Él tenía título de bachiller y había heredado el puesto del padrino. Era más grande que yo ~~y me apioló. Sabía de todo. Era rápido. Nos apretaron juntos. Varias veces me dijo que volviera a la~~

~~escuela. Ni bola le di.~~ Estaba con él la mañana que nos ~~apretaron~~ amenazaron con el arma. Miramos para abajo y paleamos tierra sin parar. ~~Copié lo que él hacía.~~ 1979. ~~Ya éramos campeones del mundo.~~ Él sabía que algo estaba mal. ~~Cruzó el índice sobre la boca.~~ Con una seña me ~~dijo silencio~~ hizo callar.

Roberto termina de leer y se da cuenta de que cada vez que agarra el cuaderno se anima a escribir un poquito más. En una semana pasó de seis líneas a diez.

Respira hondo y se prepara para escribir el 7 y el puntito atrás. ¿Qué título va a poner? Capaz "El recuerdo" o también puede ser "Los cuerpos".

La mano con la lapicera destapada se suspende en el aire.

Las vivencias pasadas, recuperadas, lo inundan, lo sobrepasan.

¿La intensidad de un recuerdo puede ahogarnos?

A Roberto le cuesta respirar. Así, de pronto.

¿Cómo es posible si hasta recién estaba lo más bien, leyendo el cuaderno?

Sin que pueda hacer nada, los ojos se le llenan de lágrimas. ¿Por el recuerdo o porque no está Milagros? ¿Le habrá subido la presión? Empieza a sudar e intenta respirar hondo. Le cuesta.

Busca una explicación mirando el espacio en blanco. La vista de la hoja del cuaderno se continúa en la vista

de la pared de la cocina hasta que los ojos descansan en el cuadrito que su esposa colgó encima de la pileta poco antes de contagiarse una hepatitis fulminante:



—Vos me dijiste. Vos me dijiste que hablara y no te hice caso —murmura dirigiéndose a Milagros.

Roberto piensa con los ojos cerrados, respirando a conciencia para calmarse, buscando la luz del recuerdo de esa mujer que lo sacó del barro cuando pisaba los cuarenta y era una piltrafa.

Aún no pudo decidir qué hará con las cenizas. Ni siquiera pudo hablarlo con Catalina. Aún duele demasiado hablar de eso. ¿Podrá, algún día?

7

Un impulso que cambia todo

La película que les trajo la profesora es fuerte. La mayoría de la clase vivió la dictadura, así que, al finalizar, comparten recuerdos, anécdotas. La charla es larga, le dedican toda la jornada a esa actividad.

Roberto escucha, sonríe ante algunos comentarios que le dan gracia o que distienden las emociones con un poco de humor negro, asiente cuando alguien dice algo que él piensa, no habla.

Sale del colegio arrastrando los pies, cabizbajo. Vive a diez cuadras y decide caminarlas. Necesita el aire y la oscuridad de la noche. Se le despierta una bronca —*soo, chico*— y una urgencia. De pronto necesita correr, pero hace rato que los problemas en la espalda lo tienen a mal traer. Decide hacerlo de todos modos y a la cuadra y media un tirón lo hace frenar. Llega a la casa agitado, dolorido. Catalina lo mira desde la mesa de la cocina.

—Dame agua, hija.

—No me digas —responde ella yendo a la heladera—. Viniste corriendo.

Roberto quiere reírse pero le sale una mueca. ¡Cuánto lo conoce!

—Hay que ir a la médica, papá.

—Estoy bien, ya pasa.

—¿Por qué viniste corriendo? —pregunta ella tendiéndole el vaso de agua.

Roberto hace un gesto mientras toma.

—¿Siguen con la dictadura?

Roberto asiente mientras traga un sorbo tras otro. Cuando le devuelve el vaso vacío, se deja llevar por un impulso:

—Me voy a bañar. Leé mi cuaderno, está en la mesa de luz.

Se arrepiente apenas termina de hablar y hace un gesto que lo delata, pero ya no puede desdecirse. Catalina lo mira seria y con dudas. Tiene ganas de preguntar *¿seguro?* pero no, porque la curiosidad gana. Asiente con la cabeza y se va al cuarto del papá.

Enciende la luz y agarra el cuaderno. Ahí nomás lo abre y se pone a leer. Siente ternura ante la letra de imprenta y la prosa llena de tachones. Se concentra y ensombrece cuando lo que cuenta gana densidad.

7. Los cuerpos

Me acuerdo del viento porque me caían las flores del jacarandá ~~en los hombros~~ mientras cavaba.

Era temprano. Los tipos armados nos iban a decir cuándo parar. Yo temblaba ~~de nervios de frío~~ y lo miraba al Loco ~~que paleaba y paleaba. Hice lo mismo~~. Palada tras palada. Al mismo ritmo. Teníamos la tierra sobre la cabeza cuando dijeron hasta ahí. Dos metros serían. ~~Nos ayudaron~~ Tuvieron que ayudarnos a salir. ~~Decían Dijeron que nos fuéramos sin correr.~~ Pensé que iban a dispararnos por la espalda. Pero no. Giré ~~apenas~~ la cabeza y vi que tiraban a la fosa varios cuerpos. ~~Ningún cuidado tenían.~~ El Loco me chistó. Me dijo No mires.

8. El trabajo. Otra cosa

~~Era un trabajo fácil.~~ Una vez que tenías hecho el estómago era ~~pan comido~~ un trabajo fácil. ~~Los compañeros eran buenos y el horario era cómodo. Salían muchas changas. Sueldo fijo y aguinaldo. Y yo sin tener secundario completo.~~ Pagué todas las deudas del viejo. Hice la colimba y volví. ~~Ahí fue cuando el Loco se puso pesado con que terminara la escuela.~~ Después ~~me quedé~~ se me hizo costumbre. ~~Cada tanto pensaba en~~ Lo extrañé al Loco cuando se fue. ~~Eso sí.~~ Casi me voy cuando él se fue. Pero al poco tiempo entró Joselito. Tener un aprendiz hizo que ~~siga~~ siga o siguiera ahí. Después vino la apendicitis y se complicó. ~~Los muchachos me vinieron a visitar al hospital eso Me gustó.~~ Cuando volví me pasaron al taller. Basta de cavar. Basta de hornos.

~~Mi mesa daba al jacarandá. Siempre lo miré como si ese árbol Nunca hablé.~~ Lo que más me gustaba eran los arreglos de albañilería. Dejar todo prolijo.

9. Silencio

Vino ~~el jefe~~ uno de los hombres armados al taller. ~~Con el dedo en el gatillo.~~ Dijo que eso que ~~hicimos habíamos hecho hicimos~~ habíamos hecho no podíamos contarlo nunca. Que si lo decíamos él lo iba a saber. ~~Tenía el aliento agrio como mi viejo.~~ Nos apuntó ~~y dijo pum pum~~ Hizo como un disparo. Y ~~se rio.~~ se fue riéndose. El Loco Luis dijo zafamos ~~pero yo seguí temblando un rato más. Me quería ir a la mierda pero me quedé.~~ Dijo olvidate de esto. Pero no me olvidé nunca. No lo conté nunca pero no me olvidé. ~~Se me hizo pesadilla.~~

8

Comprender lo incomprensible

En la nona Nelly todo es curvo: la modulación de la voz, los vaivenes del cuerpo, el modo de caminar sin prisas, los gestos. Cada vez que saluda a los bisnietos, los hace agachar para mirarlos a los ojos y preguntarles si vieron algo nuevo. Vive sola desde que falleció su esposo, el nono Jorge, en un departamento lleno de plantas y olor a limón. Sus noventa y dos años se diluyen entre los crotones y las *dieffenbachias*.

Ese lugar está lleno de recuerdos para los chicos pues la nona fue quien los cuidó cada vez que Mercedes necesitó ayuda, en especial desde la separación. Sin embargo, nunca hablaron con ella de su hijo desaparecido y de su nuera. ¿Por qué? Eso es lo primero que le preguntan cuando se sientan alrededor de la mesa del comedor. Suponen que ella se largará a hablar con

la fuerza del agua cuando abren las compuertas de un embalse, pero no. La voz le sale insegura, tensa, finita.

—Bueno, dejenmé agradecerles por ponerme sobre aviso del tema de esta charla —empieza la nona con una formalidad que no había planificado—. Me dieron tiempo para hacer memoria y buscar algunas cositas. Tienen que saber que no es fácil para mí porque su mamá nunca quiso que tocara este tema con ustedes y, bueno, siempre respeté las decisiones de mi nieta como madre... pero ahora es diferente porque ustedes dieron el primer paso. ¡Flor de paso dieron! —exclama Nelly mirando a sus bisnietos, tratando de sacarse la formalidad de encima—. Ahora, si ella me tira la bronca, puedo decir que yo simplemente les respondí. ¿Cómo me voy a negar a responderles?

—¿Mamá te pidió que no nos hablaras del abuelo? —pregunta Agustín.

—Sí —confiesa ella—, una vez que Mateo lo vio en una foto y preguntó por él, cuando era chiquito. Tendrías cinco años... ¿No te acordás? —pregunta la nona mirando a Mateo, que niega con la cabeza—. Esa tarde yo te dije que el abuelo estaba desaparecido. Tu mamá escuchó, me llevó a la cocina y me dijo que ella iba a decidir qué contarles y qué no con respecto a sus padres, que no me metiera y que sacara esa foto. Y bueno... después de discutir un rato y de que el nono le diera la razón, terminé aceptando. Me llevé el retrato

a la mesita de luz. Hoy no sé si lo haría... Es más: voy a poner ese portarretratos con el resto de las fotos familiares hoy mismo.

—Yo no la entiendo, nona —dice Mateo, frustrado—. El otro día se enojó con nosotros porque le dijimos que queremos saber nuestra historia.

—Y después de discutir, cuando Mate le habló, le respondió como si no hubiera pasado nada. Y al día siguiente nos dejó una nota hablando de vacaciones en China... cualquiera... —agrega Agustín—. ¿Por qué?

La nona Nelly piensa mientras quita una pelusa del mantel. La emoción la va embargando, pero lucha por mantenerse entera.

—Cuando Susi y Jorgito desaparecieron fue un caos. Un caos total. La familia de ella tuvo que buscar la manera de salir del país enseguida porque todos estaban metidos en política, y bueno, por eso nosotros criamos a Mercedes. Podrían habérsela llevado, pero el nono no quiso de ninguna manera. Se negó terminantemente. La discusión fue corta porque había que resolverlo en horas.

—¿Entonces mamá no supo nada más de sus otros abuelos?

—No, no. La familia de Susi siguió en contacto con Mechi. No se borraron, ¡todo lo contrario!

—¿Pero cómo fue?

—Uf, me acuerdo de que estábamos como locos, tomando decisiones importantísimas sin tiempo para

pensar, con la cabeza partida de dolor. Acá mismo, alrededor de esta misma mesa...

Los chicos se miran cuando la nona se queda callada. Y miran también cómo pasa las manos por la mesa, acariciándola. Algo en su gesto —¿que las manos confluyan hacia el centro?, ¿la lentitud?— hace que no se animen a pedirle que siga hablando.

9

Tema cerrado, censurado

Luego de unos segundos eternos, la nona Nelly suspira y retoma el relato.

—Fue una discusión tremenda. Las dos familias queríamos ver crecer a Mechi... Sacarla del país era muy, muy arriesgado... En fin, se decidió entre lágrimas que se iba a quedar con nosotros... Siempre le llegaron cartas y fotos de los otros abuelos, postales... También la llamaban por teléfono en los cumpleaños y navidades, le mandaban regalitos... Los primeros años fueron así y todo anduvo, pero después el otro abuelo y el nono Jorge se pelearon más fuerte por un tema de documentos y eso complicó la cosa. Y cuando Mercedes fue más grande, no quiso hablar más...

—¿No quiso hablar más?

—No hubo forma: cerró el tema. No les atendió más el teléfono, dejó de leer las cartas, dejó de hablar de la

mamá y el papá... ¿Ustedes cómo se enteraron de que tienen abuelos desaparecidos? Yo solo lo mencioné esa vez y no creo que Mercedes se los haya dicho.

—Papá nos contó..., medio que no quería contarnos pero se le escapó, creo.

—Claro, claro... —la nona se levanta a buscar un pañuelo—. Imagino que a su mamá no le habrá gustado nada.

Los chicos le dan la razón. Agustín le toma la mano.

—Gracias por esto, nona. Si querés, seguimos otro día.

La nona Nelly tiembla ante los bisnietos sin querer ni poder disimularlo.

—No, no... Es que fueron muchos años de no contar en voz alta lo que siento... Yo lo extraño un montón a mi hijo. Cada día. ¡Un montón! Y siempre me dolió que Mechi no preguntara nada sobre él... Cuando era chica, las veces que intenté contarle por mi cuenta le agarraron unas rabietas incontrolables que siempre me preocuparon mucho... Y bueno, consulté con el pediatra y él me aconsejó no nombrar más al papá y a la mamá.

—Un tarado —dice Mateo, golpeando el puño contra la mesa.

La nona se sobresalta, Agustín también.

—Perdón, pero ese tipo fue un tarado —se disculpa Mateo—. ¿Vos podés ayudarnos a saber más cosas? Nosotros sí queremos saber.

La nona deja la silla y va hacia un cajón del modular. Saca una agenda. La abraza, le da un beso antes de mostrarla.

—Miren. Esta agenda es la última de mi hijo. Se la olvidó en casa unos días antes de que se lo llevaran. Susi me pidió que la guardara bien y así lo hice. Igual acá no vinieron a allanar. A la casa de ellos sí fueron —cuenta Nelly acariciando el cuero de la agenda—. Muchos años después, en democracia, me ocupé, en secreto por supuesto, de averiguar quiénes eran las personas que figuran en este índice. Muchas ya no están... Yo les puedo prestar esta agenda. PRESTAR, ¿me escucharon? —los chicos asienten en silencio. Están conmovidos por la emoción de su bisabuela—. Mi consejo es que si quieren saber sobre la vida de mi hijo, llamen a Cacho, su mejor amigo. Acá está el número de teléfono actualizado. Y la mejor amiga de Susi se llamaba Rosa. De ella no tengo datos actuales. Y por supuesto, acá tienen el teléfono de Alicia, la hermana de Susi. Vendría a ser su tía abuela... Volvió al país hará unos veinticinco años, más o menos, y ha tratado de entrar en contacto con Mercedes muchas veces... Sin suerte, lamentablemente.

—Uy, gracias, nona. Te prometo que vamos a cuidar mucho la agenda —dice Agustín mientras la abraza.

—Eso sí: a mami, no le cuenten nada de esto. Dejen que lo hable yo con ella.

—Gracias, nona —Mateo también va a abrazarla—. Y perdoná. No quise...

—No te preocupes, querido. Te salta la térmica, ya lo sé. Como a tu madre, a tu abuelo y al nono. Heredaste el temperamento italiano, qué va'cer —le responde ella mientras le da unas palmaditas en la espalda.

10

Abrazar el pasado

Rosa está ansiosa por conocerlos en persona. Eso es lo primero que notan Agustín y Mateo cuando se encuentran con ella. Al saludarla, les transmite un cariño tan profundo que no terminan de comprenderlo.

Es un día soleado y, aunque está fresco, deciden sentarse en el patio de la confitería. Después de saludarse, de pedir unos tostados y tres cafés con leche, de charlar de intrascendencias, cruzan miradas que habilitan la conversación. Es Rosa la que comienza.

—Ay, chicos, qué alegría este encuentro. ¡Es tan lindo hablar de Susi! Como les decía por teléfono, era mi mejor amiga. Una piba muy, pero muy despierta. No era la mejor estudiante porque las notas no le importaban demasiado, pero era la mejor de todas nosotras. Una apasionada del derecho. Yo no sé cómo hacía para acordarse de todos los artículos de las leyes, de los códigos...

discutía todo con los profesores... ¿Alguno de ustedes es así?

Los chicos sonríen, cruzan miradas y niegan con la cabeza. Habiendo un tema tan preciso del que quieren saber, que les hagan preguntas sobre otros aspectos de sus vidas los descoloca. Están ávidos de conocer más acerca de sus abuelos. Tanto que el resto de sus vidas les parece fuera de foco, difuso, sucediendo en otro plano, uno más superficial.

—Bueno, creo que son un poco tímidos. Seguro a ustedes también les va bien. ¿Les conté que Susi y Jorge se conocieron en una jornada de trabajo social?

—No... ¿Sabés cómo fue? ¿Cuándo? —se entusiasma Agustín.

—Dejame que piense un poquito... —Rosa dirige los ojos hacia el cielo, pero mira alguna ventana interior, que la lleva a la juventud—. ¿1974, 1975? Sí, fue en esos años de democracia entre Lanusse y Videla.

—¿Cuánto pasó entre las dos dictaduras? —pregunta Mateo.

—Tres años. De mayo del 73 a marzo del 76. Nosotras entramos a la Facultad de Derecho en democracia, en el 74, acá en la Universidad de La Plata. Nos conocíamos de antes, íbamos a la misma secundaria, distintas divisiones, pero la misma escuela. ¡De monjas!

—¿La abuela fue a una escuela de monjas? Eso tampoco lo sabíamos.

—Sí. Y de ahí, derechito a la facultad, a estudiar Abogacía. Ustedes vienen de una familia de muchos abogados. ¿Su mamá es abogada también, no?

—Sí. Aunque no trabaja de lo que estudió —responde Agustín.

—Trabaja en una empresa que vende aparatos médicos —agrega Mateo.

—Mamá no es de hablar mucho de sus cosas, dice que su trabajo es aburrido —se disculpa Agustín.

—¿Y su papá?

—Papá trabaja en una empresa de publicidad. Estudió cine, nada que ver.

Rosa sonríe, busca en el decir de los chicos algo de su amiga tan querida. Se alegra de haber aceptado la invitación que le mandaron por una de sus redes sociales.

—¿Y cómo me encontraron?

—Cuando quisimos saber más, nuestra bisabuela nos dijo que Jorge y Susana tenían un grupo de amigos muy unido —explica Mateo—. Nos dijo que vos y la abuela eran mejores amigas y nos dio una agenda del abuelo. Te encontramos en una de las páginas, no en el índice. Eso nos llamó la atención.

—Ahh, Jorgito... Yo tampoco tenía sus datos en el índice. Nos cuidábamos así, pensando que tal vez los milicos no miraban todas las páginas... ¡Qué ingenuos éramos! Los datos de la familia y de la gente más cercana yo los sabía de memoria, no estaban escritos

en ningún lado... ¿La bisabuela de la que hablan es la mamá de Jorge, no? ¿Nélida se llamaba? Creo que me la presentaron alguna vez.

—Exacto —responde Mateo.

—Y te buscamos en internet y bueno, no fue difícil —agrega Agustín—. Es más, gracias a tus redes, encontramos a otras personas que, suponemos, pueden ayudarnos. Incluso en los posteos de los 24 de marzo algunos nombran a la abuela y al abuelo, así que fuimos anotando todos esos nombres y revisando a ver si estaban en la agenda del abuelo, y bueno, así...

—O sea que vienen investigando hace rato.

—Más o menos... sí. Antes de reunirnos con vos visitamos a un amigo del abuelo: Cacho.

—No pensamos que se iba a emocionar —interrumpe Mateo—. Bueno, con vos pasó algo parecido... Nos mirás como si nos conocieras de toda la vida...

—Es que ustedes no se imaginan lo importante que es lo que están haciendo, chicos. Y la alegría que nos están regalando a las personas que quisimos y lloramos tanto a Jorgito y a Susi.

11

Alguien que sepa

Catalina piensa que su familia nunca fue grande pero ahora es diminuta: ella y su papá. Ya no hay abuelos ni abuelas. Ya no hay mamá. La única tía que tiene es soltera, vive en Tucumán y supone que la va a ver recién para las fiestas. Hay amigas, eso sí que hay. Amigas de fierro.

Piensa en esto porque después de leer el cuaderno y charlar con el papá, extraña a la mamá más que nunca.

Fue difícil mantenerse en la silla mientras conversaban sobre la fosa tan profunda, los cuerpos arrojados, la amenaza, los días posteriores, el miedo, las pesadillas, el silencio, lo que Roberto sintió al escribir, tanto tiempo después, los nervios, ahora que Catalina también lo sabe, las preguntas sobre si contarlo a alguien más para que eso que vio sirva...

¿Cómo habría sido todo si su mamá hubiera estado? ¿Ella habría sabido qué hacer, a quién acudir?

Catalina no quiere pensar más. Se siente abrumada, se siente sola. Pero viene luchando cuerpo a cuerpo con la tristeza y viene bien, así que no va a aflojar.

Resopla, agarra el teléfono y se fija en el chat los planes que sus amigas hicieron para esa noche de viernes: quedaron en ir a bailar. Pone un emoticón de fiesta. Va a ir. Se obliga a ir.

Abre el cajón buscando el vestidito negro y no lo encuentra. ¿Dónde está? Revuelve la pieza entera buscándolo. Va al baño para ver si lo dejó colgado en el gancho de la puerta. Va a la cocina y revisa adentro del lavarropas... No lo encuentra.

¿Su papá lo habrá acomodado entre las cosas de la mamá? Ya pasó otras veces.

Va al ropero de la pieza matrimonial: todo sigue ahí, como si no hubieran pasado casi dos años ya. Resopla de nuevo y pasa las perchas una por una. Encuentra el vestido, caído sobre una de las cajas donde guardaron los papeles de Milagros. Lo agarra y al mirar las cajas vuelven las preguntas: ¿su mamá habría sabido qué hacer, a quién acudir?

Deja el vestido sobre la cama y saca las cajas. Las revisa, a ver si de casualidad encuentra algo que le ayude a decidir qué hacer con lo que le contó Roberto.

No puede quedarse sin hacer nada. Tiene que avanzar.

Si encontrara algo, cualquier cosa, que le diera el indicio de que Milagros sabía al menos una pizca de todo esto, alguna señal de que ella dio algún paso, en algún sentido... un escrito, un teléfono, algo... pero no. Nada.

Es verdad que el papá no le contó a nadie, entonces. Se le escapa una puteada que suena como un lamento, que es un lamento.

Un anillo la sorprende con su resplandor desde el fondo de la caja. Lo toma, lo mira: es una cinta plateada, angosta, que tiene grabado el signo del infinito. Sonríe con tristeza y se lo coloca en el anular. *Ay, mamá y sus respuestas misteriosas*, piensa mientras estira los dedos y mira lo bien que le queda.

Vuelve a guardar las cajas, cierra el ropero, agarra el vestido, apaga la luz.

Se va del cuarto.

Mientras se maquilla para salir, sigue pensando. ¿Con quién puede hablar de todo esto? Con la tía de Tucumán no le parece. Y con las amigas, le da no sé qué. Le costó tanto al papá compartir con ella esta historia... Debería llegar a oídos que la orientaran de verdad.

Así está Catalina esta noche de viernes: dividida, fragmentada. Obligándose a salir para pasar un buen rato con las chicas, para cantar y bailar, para dejar al costado todo esto que la lleva a pensar en la muerte, en las distintas formas que puede tener la muerte. Y, a

la vez, recorriendo los laberintos de la memoria, buscando rostros que puedan darle una mano con lo que Roberto le confió y la perturba.

Ya está agarrando el abrigo del perchero cuando ve la mochila del colegio y, como piezas de un tetris, se le ubican las ideas y completa una línea: la González. ¡Con ella tiene que hablar! ¿Cómo no se le ocurrió antes? Ella siempre da los discursos del Día de la Memoria los 24 de marzo. Nunca le prestó mucha atención, en realidad. Pero cree que es la profesora que coordina a los grupos que se presentan en los encuentros de Jóvenes y Memoria. Ella seguro que sabe.

Suspira y, antes de salir, como siempre, le manda un mensaje a Roberto:

Salgo con las chicas, pa. Cuando llegue a lo de Yani, te aviso.

12

El primer paso

El lunes siguiente, apenas llega al colegio, Catalina va a la sala de profesores y busca a la González. La encuentra. La saluda y le sorprende que ella la recuerde. Fue su profesora el año pasado. Le pregunta si es ella la que coordina los talleres de Jóvenes y Memoria.

Cuando la profesora le contesta que sí, le pide hablar después, en algún momento que pueda. Le dice que es un tema familiar, que necesita un consejo. La González le pregunta si es urgente. Catalina dice que sí, que muy. Quedan en encontrarse en el recreo largo, el de media mañana.

Apenas suena el timbre, Catalina ve que la profesora González se asoma por la puerta de su división. Va hacia ella, que la lleva a un aula libre.

—Vení, los chicos de primero segunda se fueron de excursión. Nadie va a molestarnos —le dice al atravesar la puerta.

Se sientan en la primera fila, una frente a otra. La profesora sonríe, Catalina también. Respira hondo y empieza a hablar.

Cuando termina de contarle lo que el papá le confió, la profesora asiente.

—Muy bien. Antes que nada, gracias por la confianza. De verdad lo aprecio —le dice con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Me creés entonces? —pregunta Catalina, sorprendida ante la emoción de la González, que no muestra ni una duda sobre el relato.

La profesora hace un gesto de sorpresa.

—¿Cómo no? ¿Mentirías sobre algo así?

Catalina se mira el anillo del infinito y niega con la cabeza. Jamás mentiría sobre algo así.

—Me imaginé que no. Hay muchas personas con experiencias como la de tu papá. Ya escuché otras antes. Lo que vamos a hacer es lo siguiente: voy a hablar ahora mismo con una compañera abogada, a ver adónde tendría que ir tu papá a dar testimonio de esto que me contás. Porque viste que a cada zona de la provincia le corresponde un juzgado.

—No, no sabía.

—Sí, bueno. Claro. ¿Cómo vas a saber? Ni yo entiendo bien cómo es el sistema judicial, jaja. En fin, ni bien sepa esto, te aviso. ¿Tu papá está dispuesto a declarar?

—Me dijo que quiere contarlo, o al menos yo entendí eso. Queremos saber si eso que él vio sirve para algo... Si no está del todo seguro yo puedo convencerlo —responde Catalina, con firmeza.

—Muy bien —dice la González—. Luego veremos si su testimonio avanza, pero lo primero es hablar con las personas indicadas y saber cuál es el juzgado federal que le corresponde a esta jurisdicción —la profesora la mira y le sonríe. Después pregunta—: ¿Vos cómo estás con todo esto?

Catalina se estremece. No pensó en ella en ningún momento.

—No sé, la verdad. No me hice esa pregunta... Estoy... sorprendida, me parece. Y preocupada. Desde que sé esto es como si el resto de las cosas de mi vida no importaran... Mi papá es toda la familia que me queda... Pienso en eso varias veces por día... ¿No puede quedar preso, no?

La profesora le apoya la mano sobre la suya, que descansa sobre el pupitre.

—Nooooo. De ningún modo. Era menor, vulnerable, lo amenazaron. Se pegó el susto de su vida... —hace una pausa y aprieta un poco la mano de Catalina—. Escuchame una cosa: no estás sola en esto. No están

solos. Anotate mi número. Cualquier cosa que vos y tu papá necesiten, me llamás. ¡Ah! Y soy Eugenia. Si a los abogados les decís "la profe de Matemática" no te van a entender —agrega con una sonrisa antes de dictarle el número de teléfono.

13

Hablar cuesta

Ese mediodía Catalina llega a la casa muy entusiasmada. Roberto le pregunta a qué se debe, risueño y encantado de verla así.

—¡No sabés qué buena onda, pa! Una profe repiola me dijo qué hacer para que le cuentes a un juez lo que te pasó. Ya tengo todo —dice ella, mientras saca un papel del bolsillo de atrás del pantalón—. Nombres, direcciones, teléfonos, ¡hasta dos opciones de transporte para llegar!

Roberto sube la guardia, se pone muy serio cuando la escucha. Da un paso atrás. No está preparado para hablar frente a extraños, no pensó que la hija se iba a mover tan rápido. Además, no le gustan los abogados. Entre los compañeros del cementerio les decían "los cuervos" o "los caranchos" cuando los detectaban en los entierros. Hacían toda clase de chistes negros sobre estos hombres.

—No sé, hija... No sé.

—¿Cómo que no, papi? Me dijiste que querías... —protesta ella. Luego agrega—: Además, ya hablé con la profe, no quiero quedar mal con ella. ¿No me dijiste que querías contarlo a alguien que le sirviera para algo?

Él la mira serio, como cuando la retaba de chica. Ella le sostiene la mirada. Ojos marrones, casi negros, que se traspasan unos a otros, que se tensan, que se alojan, que se saben familia, que se aman.

—Mirá, pa —dice Catalina, luego de unos segundos, sin desviar la mirada—, ensayemos lo que vas a decir para que se te haga más fácil. Como cuando practicamos la clase que tuviste que dar sobre la vida de San Martín cuando recién empezaste la nocturna, ¿te acordás?, ¿que mami hacía de profesora? Nos reímos un montón y después te fue rebién. Yo puedo hacer de abogada. Practicamos hasta que te salga de corrido y listo.

—No sé, Cata... No estoy seguro. ¿Quiénes son esos abogados? ¿Qué van a pensar de mí? Mirá si dicen que soy cómplice... —pregunta Roberto.

—Le pregunté eso a la profe y me dijo que no. Que eras menor, que te amenazaron con un arma. No, papi. Cómplice, nada. Son abogados de derechos humanos... No creo que sean mala onda...

Roberto sigue mirándola serio.

—Mirá, la profe me dijo que hay abogados y abogadas. Que son un equipo que va reuniendo datos. Que es

gente muy preparada, súper profesional, que junta piezas de un rompecabezas enorme, inmenso. Es más, me dijo que algunos tienen parientes desaparecidos. Así me dijo. Un rompecabezas de piezas muy chiquititas. Si vos querés, la profe González nos acompaña. Si no, no. Como vos quieras. Pero hablemos con alguien para que vos cuentes lo tuyo. ¡Mirá si alguien que dedicó su carrera a buscar a la familia va a ser una mala persona!

Roberto se queda callado mientras hace una mueca que parece decir *todo es posible*. Catalina agrega algo que viene pensando desde la noche del cumpleaños.

—Vos me dijiste el día de tu cumple que una compañera había dicho que a los desaparecidos los siguen buscando. Mirá si gracias a vos alguien encuentra a un familiar. ¿Pensaste en eso?

Él la mira en silencio. Sí. Sí lo pensó.

—Hay que avanzar, papi. ¡Vamos! ¿Cómo decía mamá? ¿Los que luchan nunca pierden?

—*Los que luchan pueden perder, pero los que se rinden nunca ganan* —responde él, poco convencido.

—Eso. ¿De dónde sacaba esas frases? Para cada momento tenía una...

Roberto sonríe por primera vez en la conversación.

—De unos sobrecitos de azúcar. ¿Nunca te contó?

Catalina también sonríe mientras niega con la cabeza.

—Me encantaría que me contaras vos.

14

Estos tiempos, aquellos tiempos

En los días siguientes a la conversación con Rosa, Mateo se siente cada vez más cercano a los abuelos maternos. Le gusta lo que se va enterando sobre ellos: el compromiso con el que vivían, la necesidad de buscar justicia y de construir un mundo mejor, el tiempo que le dedicaban al trabajo social... También se pregunta si los estará idealizando. No quiere eso.

Rosa les contó que los dos, con apenas ocho o diez materias aprobadas de la carrera, entraron como asistentes a un estudio de abogados laboralistas que trabajaban para centrales obreras.

Mientras se conecta a la compu para jugar un rato con los amigos piensa que él solo va al colegio y, a veces, a alguna asamblea del Centro de Estudiantes. Susana y Jorge andaban de acá para allá toda la semana. ¿Pero es válido comparar estos tiempos con los de los abuelos?

Además, ¿él quiere hacer las mismas cosas que hacían ellos?

Después de cenar, tirado en la cama, agarra el teléfono y se pone a buscar información sobre abogados desaparecidos en internet. Lee algunas páginas y piensa que, de haber tenido celulares, probablemente muchas desapariciones se habrían podido evitar. Recuerda esa vez que con los amigos se pusieron a rehacer cuentos de la infancia agregando celulares e internet a todos los personajes. La mayoría de las tramas se desarmaban con unas líneas de wifi en el medio.

Aunque lo niegue frente al papá y a la mamá, la cuestión del poder y la justicia le interesan cada vez más. Pero ¿cómo hacer su propio camino con tantos abogados alrededor? Ni siquiera tiene claro qué es lo que le atrae de ese mundo. La respuesta obvia es buscar justicia, pero ¿con solo ese deseo en mente puede sostenerse una vida entera?

Habló muchas veces con el papá sobre la facultad, si estudiar una carrera o no. ¿Qué conviene hacer en una sociedad hiperconectada como la suya? ¿Conectarse más o menos? En algo coincidieron: la creatividad cada vez tendrá más valor. ¿Y el compromiso social? Es una variable que él no tenía tan en cuenta antes de saber sobre sus abuelos.

Rosa les dijo que él y Agustín habían nacido y crecido en democracia y que eso era algo muy especial.

También había dicho, mirando el cielo, que no había que naturalizar la democracia. No se había referido a nada en particular, pero a Mateo esa idea lo inquieta. ¿Qué significa *naturalizar* la democracia?

Entiende que es darla por hecha... ¿Podría volver un gobierno autoritario a su país? De hecho, piensa, hay mucha gente de su edad a la que no le interesa votar. ¿Será porque no conocen otra cosa que la democracia?

Mateo se siente agobiado. Mira los mensajes del chat. Necesita un poco de diversión. Los amigos lo invitan a un cumple, pero cuando lee que su ex va, las ganas de ir se esfuman. Responde que está en una cena familiar para que no le insistan.

Sigue mirando otros mensajes. Hay varios sobre el cumpleaños, los pasa de largo. No quiere ver fotos ni de refilón. Su hermano pregunta si lo puede llamar. Mira la hora, ya pasaron veinte minutos desde que mandó el mensaje. Contesta que sí. Segundos más tarde el teléfono empieza a vibrar.

—¡Hola! ¿Qué hacías?

—Nada. ¿Por?

—Me mandó un mensaje Cacho, el amigo del abuelo. Me dijo de ir mañana a su casa. Quiere darnos algo. ¿Venís?

—Sí. ¿Dónde estás?

—En el sillón.

Mateo se ríe y corta. Da tres pasos y abre la puerta.

—¿Por qué me llamaste? La próxima entrá y listo —le dice al hermano.

Agustín, despatarrado, le contesta que llegó hace un ratito y que piensa dormir ahí mismo, que ni ganas de trepar a la cucheta tiene.

15

¿Y Anita?

Cacho es un hombre alto, flaco y de dientes muy blancos para ser verdaderos. A la tarde siguiente, en el estudio que tiene en la casa, de paredes oscurecidas por altos paneles de madera pintados de azul, se sorprenden ante la cantidad de libros, de recuerdos y de desorden.

La vez anterior que se reunieron con él fue en un bar y les resultó tan formal, con el traje impecable, la camisa almidonada y la corbata celeste, que esperaban encontrarse con otro tipo de ambiente, uno de muebles de estilo, claro, elegante y sobrio como lucía él aquel día. Por el contrario, esta vez, con el poco pelo algo despeinado, en remera, jeans y zapatillas, parece más joven y bohemio.

La sorpresa que sienten los chicos se deja ver pues Cacho suelta una carcajada y exclama:

—¡Los engañé con el traje!

Mateo y Agustín, desconcertados, lo miran con intriga y un gesto que no llega a ser sonrisa.

—No me hagan caso, no me hagan caso. Es que el otro día no sabía con quiénes me iba a encontrar y como recuerdo muy bien al padre de Jorgito, un tipo súper súper serio, decidí ir de traje, algo que solo uso para los casamientos, la verdad. Este soy yo. Me presento otra vez: mucho gusto —les explica y les tiende la mano, divertido.

Los chicos responden al apretón de manos y Agustín agrega:

—Estuve todo el tiempo pensando que era raro que un fotógrafo se vistiera así...

—¡Jajaja! Pobres, bueno, che. Perdonen. Es que estaba nervioso, la verdad. ¡Son los nietos de Jorgito! —vuelve a exclamar Cacho mientras los abraza, contento—. En fin, les pedí que vinieran porque encontré algo que va a interesarles.

Con pasos largos va hacia un estante de la biblioteca y toma una carpeta que reposa sobre los libros. Se las entrega y los chicos la abren. Está llena de fotos de sus abuelos. Algunas son retratos grupales, otras los muestran en plena actividad: el abuelo construyendo una pared; la abuela junto a un grupo de señoras, cocinando; la pareja subiendo las escalinatas de la facultad... Cacho tiene una historia para cada foto, él fue quien las tomó.

—En aquella época yo estaba estudiando fotografía y no había cosa mejor que salir con mi cámara a registrar todo lo que pasaba. Jorgito y Susi siempre me llamaban porque cuando andaban por los barrios les gustaba que quedara documentado lo que hacían. Me había olvidado de que tenía algunos negativos de fotos de aquellos años, y bueno, los imprimí para ustedes. Miren esta —dice, separando las imágenes hasta encontrar la que quiere que vean—. Esa chiquita es Ana, Anita, su mamá.

—¿Ana? —pregunta Agustín.

—Mamá se llama Mercedes —dice Mateo casi al mismo tiempo.

El hombre duda.

—¿Mercedes? Pucha, estaba seguro de que la hija de Jorgito y Susi se llamaba Ana... Yo la tuve en brazos muchas veces... ¿Tanto me estará fallando la memoria?

Los chicos lo miran sin saber qué responder.

—Bueno, no me den bolilla. Esa chiquita es la mamá de ustedes. De eso no hay dudas.

Mateo y Agustín miran la foto y sí, aunque es una nena chiquita, la cara es la de Mercedes. Notan, además, que ella es muy parecida al papá. Y que ese "aire de familia" también está en Mateo.

Cacho, que sigue contándoles historias sobre las fotos, cada tanto vuelve al tema del nombre de Ana/Mercedes. Se ve que la cuestión lo preocupa en serio porque en un momento decide que no puede quedarse

con esa duda y llama por teléfono a otro amigo de la época. Uno que los chicos no conocen.

La voz le responde que la hija de Jorgito se llamaba Ana y que hubo un asunto raro con el nombre de la nena después de que desaparecieron la madre y el padre.

—¿Qué asunto raro? —pregunta Mateo.

—Ni idea, che. Ni idea, ¡pero yo sabía que se llamaba Ana! —responde Cacho, aliviado de no estar traicionando su memoria.

16

Dudas

Roberto va y viene, arrastrando las pantuflas mientras levanta los platos de la cena. Silba para aparentar despreocupación, aunque lo cierto es que no deja de pensar hace semanas si ir o no al juzgado a contar lo que vio.

El tiempo pasa y sigue sin decidirse.

Catalina lo mira en silencio; ya dejó de insistir. ¿Cuáles son las preguntas que se hace su papá?, ¿qué es lo que tiene que pensar tanto?

Para ella la situación es muy clara: él tiene una ficha del gran rompecabezas que fue la vida de mucha gente durante la dictadura y la responsabilidad de colocarla en su sitio. ¿Y cuál es el sitio?, ¿por qué está tan segura de que es ese juzgado, esos abogados? Porque confía en la González. Y confía porque la ve trabajar en el colegio, porque la escucha, porque sabe que se toma muy en

serio eso de mantener viva la memoria para que *nunca más se pierda la democracia que tantas vidas nos costó conseguir*, como dijo la última vez que habló en público. ¿Cómo hacer para que el papá también confíe?

Ya le ofreció que fueran a hablar con ella y no quiso. Ya escucharon juntos un audio largo que la profesora le mandó contándole la experiencia de otra persona que fue a declarar. Ya discutieron y se fueron a dormir enojados; a ninguno de los dos le hizo bien eso.

¿Qué haría la mamá? ¿Qué hacía cuando él se sumergía en el silencio y andaba de cuarto en cuarto arrastrando las pantuflas?

Catalina no quiere aparentar despreocupación: pasa por al lado y le hace notar que hay algo de lo que dejaron de hablar que la sigue preocupando. Algo irresuelto.

Responde ante preguntas cotidianas, hace las tareas de la casa, estudia, sale con las amigas. Sí. Pero cada vez que puede, lo mira fijo a los ojos. Es una mirada que el papá conoce bien, la misma que sostuvo durante los primeros meses de duelo, cuando él vagaba por la casa tan triste que apenas le dirigía la palabra.

¿Qué es lo que tenés que pensar tanto?, le preguntó la última vez que hablaron del tema. Roberto le respondió como pudo, pero no logró que ella entendiera que la duda que lo mantiene callado es una y la misma: ¿de verdad no van a pensar que fue cómplice?

Él cavó. Miró. Sostuvo durante décadas el silencio. ¿Por qué no le contó a su madre? ¿Por qué no lo habló con el Loco Luis? ¿Por qué no le contó a su esposa? ¿Qué le hubieran dicho?

La hija le repite una y otra vez que él era menor, que lo apuntaron con un arma, que calló por miedo...

¿Y siguió callando por miedo? ¿Y si le preguntan por qué no habló antes? De verdad no sabe y la pregunta lo atormenta. ¿Por qué no lo hizo?

Es que fue pasando el tiempo y la vida y... No le parecía tan importante lo que vio, en realidad... Roberto deja de andar. Se da vuelta y mira a Catalina.

—¿Qué? —dice ella, prestándole más atención a un videíto del teléfono que a él.

—¿Y si lo que vi no es nada? ¿Y si vamos, declaro, cuento todo lo que vi y no sirve para nada? —le pregunta.

Ella se endereza, mira el cuadrito que colgó su mamá, el que habla de ser buena gente y quererse.

—No sé qué más decirte, pa. Vas y venís una y otra vez con lo mismo... A mí me va a servir que vos vayas y cuentes, pero bueno, eso ya te lo dije. Si le sirve a alguien más... ¡no sé! La única manera de saber qué puede pasar es ir y contarlo, ¿no te parece?

17

Agustín se anima

Una tarde de sábado, Mercedes y Agustín van a ver a los Leones. A él le gusta mucho ir a ver esos partidos a la cancha con la mamá, es una pasión que ambos disfrutan. Están de muy buen humor, van comentando trivialidades, riéndose, y es ese buen clima el que le da coraje para preguntarle si Mercedes es su único nombre.

—¡Auch!, ¿y eso? ¿Por qué me hacés esa pregunta? —responde ella, extrañada.

—Por algo que nos contó un amigo de tu papá. Bah, la nona también nos dijo que hubo un problema con tus documentos y no sé... Te tengo acá... Estás manejando... De buen humor... Vamos a ver un partidazo... Como que la situación da para hacerte preguntas difíciles, ¿no?

Ella hace una mueca de sonrisa falsa. Cuando Agustín tiene esas salidas graciosas, logra bajar sus defensas. Podría desviar la conversación, pero decide

responder. El tono de voz ya no es el mismo y él se da cuenta:

—En realidad, no. Justo antes de empezar la primaria el nono me sacó el primer nombre del documento y me dejó Mercedes solo —hace una pausa y un gesto, restándole importancia a lo que el nono hizo—. Mejor, porque a mí Ana, el otro, no me gustaba. Siempre me ponía a llorar cuando me llamaban Ana o Anita.

—¿Por?

—...

—¿Por qué, ma?

Mercedes se mantiene en silencio. Sin decir palabra, aprieta el botón de las balizas, baja un cambio, mueve el auto hasta detenerlo pero no lo apaga ni quita las balizas.

El tic-tac tic-tac tic-tac se impone entre los dos.

Cuando mira a su hijo tiene los ojos llenos de lágrimas y de enojo en partes iguales.

—No sé, supongo que tendrá algo que ver con mis padres...

Agustín elige no decir nada. Espera que ella siga hablando.

—Los extrañaría, supongo...

—...

—La nona me dijo una vez que ellos me cantaban la canción de Spinetta... "Ana no duerme"... Odio esa canción, te juro... No la puedo escuchar, me parece horrible

—confiesa Mercedes dejando brotar las lágrimas mientras toma unos pañuelos de papel para secarlas al instante. Luego, para desviar el tema, dice, con una semisonrisa—: Sos, eh...

—¿Soy qué?

—Hábil, hijo. Me agarraste desprevenida...

—A mí me gusta la canción de Spinetta —sigue él, sin hacerse cargo de lo que dijo Mercedes—. ¿El nono se llevaba bien con tu mamá y tu papá?

—Si seguís con las preguntas vamos a llegar tarde...

—Ya estamos jugados, ma... Contestame y arrancamos —responde él, rápido, y logra sacarle a Mercedes otra sonrisa—. Solo quiero saber algunas cosas. ¿Se llevaban bien?

—Mirá que sos, eh... La verdad, ni idea... Pero si tengo que arriesgar, me juego a que se llevaban mal, porque el nono era un tipo muy conservador, súper estricto. Me imagino que ellos no.

—¿Querés que te cuente un poco cómo eran? —arriesga Agustín.

Mercedes lo mira de reojo, poniendo en marcha el auto.

—No, gracias, Agus.

—Por lo que nos cuentan, tu papá y tu mamá eran recopados.

—Y si solo les hablan de ellos los amigos, medio que es lo que les van a decir, ¿no? —opina Mercedes, ofuscada por la insistencia del hijo.

Esa respuesta desconcierta a Agustín, que se queda callado por varias cuadras.

—¿A vos te contaron otras cosas? —pregunta, unos minutos después—. ¿Para vos no eran buenas personas?

—Y, bueno... Me dejaron un poquito de lado, ¿no? Siempre la militancia primero... —dice Mercedes mientras maniobra para cambiarse al carril del medio.

—¿Te parece? Yo no lo veo tan así —responde Agustín, mirando el perfil de su mamá.

—Mirá, hijo, yo hace añazos que decidí no pensar más en todo el asunto de mis padres. A mí me criaron el nono y la nona, me dieron una gran educación, mucho cariño, un buen pasar económico... No sé cómo habría sido la vida si Susana y Jorge no hubieran desaparecido. La verdad es que sufrí mucho pensando en todo eso y en un punto decidí bajar la persiana. Listo. Si hubiera sido por mí, ustedes no sabrían nada de todo esto.

Agustín se queda pensando, en silencio. Tan en silencio que la mamá no puede evitar la pregunta:

—¿Qué pensás?

—No, nada... qué sé yo. Me acordaba de cuando vos te fuiste a Estados Unidos y nos dejaste con papá. Cuando cambiaste de trabajo. ¿Te acordás? ¿Cuántos viajes seguidos fueron? Tres, ¿no? Yo te extrañé un montón... —dice Agustín y calla un momento para pensar cómo seguir. La mira serio. Nota que ella está aferrada al volante, con la atención dividida entre el tránsito y su

voz. Decide ir a fondo y continúa—. Bah, para ser sincero, estaba reenojado con vos. Medio que sentía que no te importaba nada de lo que me pasara. Todo era tu trabajo nuevo. Tu trabajo nuevo esto, tu trabajo nuevo lo otro... Me acordé cuando dijiste eso de que los abuelos te dejaron un poquito de lado. Yo sentí lo mismo, que tu trabajo era más importante que Mate y que yo —Mercedes abre la boca para decir algo, pero Agustín no la deja interrumpirlo—. Y bueno... ponele... yo sé que es difícil que pase y que es redistinto a lo que vos viviste, pero ponele que te mataban en una calle de Estados Unidos. Porque sí, porque qué sé yo, puede pasar... A mí, ¿me habría quedado para siempre la sensación de que tu trabajo era más importante que nosotros?

—¿Qué decís, hijo? El trabajo nunca... yo...

—Pero por otro lado pienso —continúa Agustín—, no sé, ellos, tu papá y tu mamá... ¿Vos me querés a mí, no?

Mercedes siente que se le estruja el corazón. Pone las balizas de nuevo y frena antes de responder.

—Claro que te quiero... Vos y tu hermano son lo que más quiero en el mundo... Lo único que me importa de verdad.

—Me imaginé que ibas a decir eso. Para mí que los abuelos te querían tanto como vos a nosotros —concluye Agustín, mirando fijo hacia el frente—. Seguro que hasta el último momento de sus vidas estuvieron pensando en vos.

18

Abandonar la sombra

Una mañana, después de que Catalina se va, Roberto pone la pava llena sobre la hornalla encendida al mínimo, toma la lapicera, el cuaderno y lo abre. Ya es la rutina previa al primer mate del día. A cada párrafo le pone un número, no sabe bien por qué. Anota "87." y mira al frente.

Lo que ve, flotando en la cocina, es el recuerdo de una vez que discutieron con Milagros por un asunto del trabajo de ella. Se dispone a escribir sobre eso pero la lapicera queda suspendida.

Recuerda que él le insistía una y otra vez con que hablara con sus jefes, que contara lo que le estaba pasando. Recuerda la respuesta de ella y el gesto de enojo: *¿Justo vos me pedís que hable?*

Mientras mira el número 87, la discusión se le da vuelta y lo enfrenta: justo él, que ahora tiene que hablar y se resiste. Justo a él le piden que hable.

Roberto se siente solo y lamenta, una vez más, que la esposa no esté para ayudarlo a decidir qué hacer.

¿Y Catalina? Ella sí está. Está pendiente de él, lista para acompañarlo, para apoyarlo y contagiarle su fuerza.

Roberto contempla el punto que acompaña al número. El espacio en blanco que le ofrece la página.

Se pierde en esa inmensidad, se vacía de frases excepto por esa que sonó más fuerte que las demás porque sonó con la voz y las palabras de la hija. *Si no querés confiar en la profe, confiá en mí, papá.*

Roberto levanta la vista. Su nena, su chiquita, le pide confianza...

¿De verdad piensa que Catalina sigue siendo su chiquita?

Quiere ser honesto consigo mismo...

Ella también lo cuida a él. Se preocupa por su salud, cuida el mango para que la plata alcance... ¿Tan difícil es aceptar que ya es una mujer? ¿Una mujer íntegra, cada vez más parecida a la madre?

Roberto escucha que la pava silba.

Pasó el tiempo de escribir.

Tapa la lapicera.

Se dice que, aunque no escribió en la hoja, algo hizo en su cabeza.

Tararea bajito la melodía de una publicidad mientras apaga el fuego.

Se siente más tranquilo. Qué extraño.

Algo le pasó y no sabe bien qué.

Poco a poco, comprende.

Poco a poco, el blanco que le ofreció esa página se transforma en claridad: tiene que arriesgarse y confiar.

Confiar en Catalina, que es su futuro, su amor más grande.

19

Orgullo

Finalmente, luego de algunos trámites que llevaron semanas, llega el día en que Roberto tiene turno para contar en el juzgado lo que vio hace tanto tiempo.

La alegría que provocó su decisión en Catalina no le aplaca el nerviosismo. Mientras se afeita repasa lo que va a decir. Va a empezar por el árbol, contando que no se acuerda la fecha exacta pero que el jacarandá estaba florecido y le daba sombra en la espalda.

Aunque la democracia lleva cuatro décadas y contando, otro temor de Roberto es que esa denuncia los afecte. Se pregunta si alguno de los hombres a los que vio de reojo ese día andará suelto. Es una inquietud que recién ahora, mientras se seca el rostro, logra precisar: ¿qué habrá sido del tipo que los amenazó? ¿Habrá amenazado a otras personas? ¿Habrá hecho algo peor? ¿Estará preso?

Al entrar al juzgado preguntan en la recepción por la abogada que tomará el testimonio. Les indican una sala y van hacia allá. Golpean la puerta y, cuando los atienden, preguntan por ella. La abogada se acerca y lo primero que hace al saludarlo es agradecerle por estar dando ese paso tan importante. Luego los invita a pasar. Catalina dice que prefiere esperar afuera.

Roberto abraza a su hija y entra a la sala. Se detiene cuando la abogada le pregunta a Catalina si quiere ir a tomar algo y escucha que ella le responde que no, que quiere estar cerca *por cualquier cosa*. Roberto gira y, mirándola, le dice que no se preocupe, que no va a pasar nada. Ella le contesta que ya sabe, pero que quiere quedarse cerca por si necesita algo. La abogada agrega que no van a tardar mucho. Ella sonríe y dice que se descargó una miniserie completa para ver mientras espera.

Al tiempo que Roberto habla y repite una vez más lo que le contó al menos veinte veces a su hija, siente que el pecho se le ensancha; que el sonido del tipeo y la presencia de escritorios y abogados lo protegen; que algo del peso que cargaba en el cuerpo queda en ese documento que están escribiendo, el que contiene las palabras que él va pronunciando; que el potro de sus emociones se serena, que de algún modo las palabras lo liberan de esos frenos que le apretaban la lengua.

Tal como le avisaron antes de comenzar, le hacen preguntas lógicas, contestables. Nada lo sorprende de mal modo ni le resulta difícil. Se siente incómodo, eso sí. Culposo, también. ¿Por qué no habló antes? Eso no se lo preguntan. Sí, qué lo decidió a hacer la declaración. Siente una mezcla de alegría, orgullo y alivio cuando responde que fue su hija, que lo hace por ella. Al terminar, la persona que le tomó el testimonio le agradece.

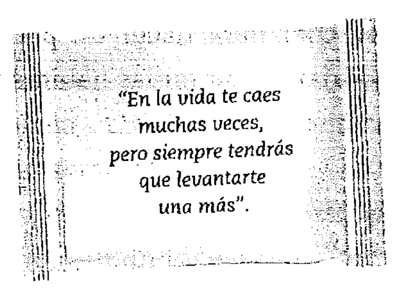
—Ojalá sirva —desea él en voz alta.

—Seguro que sí.

Cuando sale, Roberto se entrega al abrazo que le tiende Catalina.

—Fue más fácil de lo que pensaba —confiesa, aliviado.

Ella está tan contenta que lo toma de la mano como cuando era chica y no lo suelta hasta que se sientan en el bar de la esquina a recuperar fuerzas. Le pide que le cuente todo y, mientras lo escucha, suspira. No ve la hora de compartirlo con la González y con sus amigas. Toma un sobrecito de azúcar y lo observa antes de abrirlo. Tiene una frase:



Roberto suelta una carcajada, Catalina lo mira.

—"Si estás leyendo esto es porque no estás leyendo un libro" —lee el papá con una sonrisa para explicar qué le dio gracia. Luego guarda el sobrecito vacío en la billetera—. Este no está en la colección de la mami.

—¿Qué colección?

Él se sorprende.

—¿Nunca la viste? Está en una caja de lata... Una caja de té que le había regalado la familia de un chiquito que estuvo mucho tiempo internado. ¿Dónde la puse?

—Ya me dijiste algo de unos sobrecitos de azúcar la otra vez y después no lo hablamos más... No sabía que los coleccionaba —Catalina vuelve a mirar el que le tocó a ella y recuerda la agenda que llevaba siempre su mamá, con mil papeles abrochados en cada hoja, recuerdos de pacientes del hospital donde trabajaba como enfermera.

Roberto siente una emoción en el pecho, una emoción que tiene el ritmo de un andar sereno por el campo, sin tormentas.

—Cuando lleguemos a casa la buscamos, sin falta... Podemos aprovechar para hacer un poco de espacio. Capaz hasta podríamos pintar las habitaciones..., ¿no?

20

¡La *famiglia*!

Agustín y Mateo están viajando hacia Brandsen, donde vive una parte importante de su familia materna. Eso los tiene un poco nerviosos. Van en el auto de Rosa, que se ofreció a llevarlos.

Alicia, la tía abuela, vive con el marido en una casa rodeada de árboles. Ya conocen al matrimonio por fotos y por teléfono, pero es la primera vez que van a reunirse.

Apenas estacionan, la pareja abre la puerta de la casa. Es obvio que la ansiedad no es solo de los chicos. Alicia se acerca con pasos cortos y presurosos a saludar. Mateo y Agustín la encuentran muy parecida a las fotos de su abuela y sonríen al verla en acción, al escucharle la voz, al abrazarla.

—Ay, chicos, qué emoción verlos en persona —dice ella al saludarlos—. Con mi esposo, ¡Santino, acercate!,

esperamos mucho este momento. ¡Rosa, querida, gracias! Tanto tiempo sin verte, ¡qué gran alegría!

—Pasen por favor, pasen —agrega Santino.

Mientras se dejan llevar hacia el comedor, Mateo y Agustín miran la casa con curiosidad. Hay fotos por todas partes. Agustín se acerca a un portarretratos en el que se ve a la pareja con dos chicos y una chica. Mateo también la mira. Santino lo nota y se arrima. Señala, uno a uno, a sus hijos:

—Walter. Sandra. Tiago... ¡Es demasiada familia para un solo día!

Mateo se ríe y asintiendo con la cabeza contesta:

—Me leíste el pensamiento.

Durante el almuerzo, los hermanos se enteran de que tienen cinco primos segundos, todos varones, algunos un poquito más grandes, otros un poquito más chicos que ellos. También, de que Alicia siempre habla de Susi, que le hace bien, y que en el día del cumpleaños la recuerdan cocinando unas lasañas, su comida preferida.

Mateo siente bronca por haberse perdido comilonas, partidos de fútbol, tardes de verano compartidas... Y le agarran unas ganas tremendas de encontrar palabras para echarle en cara a su mamá todos los momentos lindos que no pudieron disfrutar con esos tíos tan cariñosos. Minutos después, escuchando a Alicia, se da cuenta de que lo importante es lo que ocurra a partir de ahora.

Agustín se siente mal por haber quedado afuera de esta parte de la familia. A diferencia de su hermano, no le da bronca, le duele, le cuesta escuchar. Que Alicia diga que pueden generar recuerdos juntos a partir de ahora hace que le brote una sonrisa de ilusión.

A la hora de la merienda, después de haberles mostrado muchas fotos y recuerdos, Alicia dice:

—Hice algo más para coronar este día tan especial.

Los hermanos miran a Santino y a Rosa esperando que les den alguna pista.

—¿La torta? —arriesga Rosa, sonriendo con picardía.

—Aaahh, ¡pero qué rápido adivinaste! ¡Pero por supuesto: la torta! ¡Voy a buscarla!

Se va un momento y vuelve de la cocina con una torta casera. Rosa aplaude. Un misterio gastronómico que Mateo y Agustín desconocen se revela mientras Alicia corta las porciones y Santino se ocupa del café.

—Bueno, chicos, como habrán notado, la comida es algo muy importante en esta familia —comienza a contarles Alicia. Mateo se ríe y murmura “no me di cuenta”; Agustín sonríe—. La receta de esta torta la inventó mi hermana y es realmente única. Siempre fue nuestro “as en la manga” con los muchachos. ¿No, Santino?

—Sí, querida. No entremos en detalles, por favor —responde él con un tono que hace reír a todos.

Agustín, curioso, toma un bocado apenas recibe su porción. La torta, aunque por fuera se ve como un simple bizcochuelo cubierto de chocolate, se le deshace en el paladar, revelando, al mismo tiempo, dulzura y un dejo picante que nunca saboreó antes, que le provoca cerrar los ojos y exclamar *¡mmmm!*, como en una propaganda. Mateo se ríe.

—Parece que Agus cayó como un chorlito. A ver yo...

Agustín ve a su hermano hacer el mismo gesto y devorar la porción en segundos, igual que él.

—¿Cuál es el secreto? —pregunta.

—Ah... no... ¡me extraña, querido! —responde Alicia modulando la voz— ¡Mirá si te lo voy a decir apenas te conozco! Ahora ya los tengo enganchados. Lo que sí les prometo es que cada vez que quieran, yo les voy a hacer la torta de Susi.

—¿Me puedo servir otra porción? —pregunta Agustín, goloso.

—¡Claro! Es la torta que su abuela hacía para todos los cumpleaños de la familia y de los amigos —agrega, orgullosa—. Mejor dicho, ¡la torta que le pedíamos por favor que hiciera!

—¿Te acordás de la cara de Anita cuando la probó por primera vez? ¿Fue en su primer cumpleaños, no? —pregunta Rosa.

—¿Te acordás? Qué divina. Probó un bocado y se abalanzó sobre la torta entera. Susi le había puesto

una cobertura de merengue italiano y la gordita quedó con todos los rulos blancos —recuerda Alicia con ternura.

Al escuchar a Rosa, Agustín y Mateo piensan primero en corregirla, en decirle que su mamá es Mercedes, pero ambos, sin saber por qué, deciden que no, que no hay nada que corregir.

—Y eso que mamá no es muy dulcera —acota Agustín para que sigan hablando.

—Ah, mirá vos. Susi tampoco, en realidad. Pero Jorge, ¡ma-mita! Arrasaba con todo. Para él, el mejor regalo que podías hacerle era una caja de alfajores cordobeses —comenta Rosa.

—Me acuerdo de que cuando Jorge desapareció y Susi se puso a buscarlo como loca, cada vez que veía uno de esos alfajores que tanto le gustaban se ponía a llorar y se comía tres o cuatro de un saque.

—Para mí, mucho de la memoria se nos juega en el paladar...

—¿No desaparecieron al mismo tiempo? —se sorprende Mateo.

—No, no, primero se lo llevaron a él —rememora Alicia—. Poco después, a ella. Y mis padres y yo nos fuimos a Italia, al exilio, al día siguiente. Fue muy dramático todo, querido.

—Ahh, por eso la nona nos dijo que Susana le pidió que guardara bien la agenda. Claro, ahora entiendo...

—dice Agustín por lo bajo a su hermano, que asiente mientras lo escucha.

—Por eso es tanta la alegría que nos da que ustedes estén hoy acá, ¿no, Ali? —agrega Santino, intentando sacar a su esposa de la tristeza.

—¡Claro! Mirale la nariz a Agustín. ¡Es igualita a la de Susi!

—¡Y a la tuya!

21

¿Quién se ocupa?

Pasa el tiempo. Llega un nuevo lunes.

Mientras Catalina y Roberto pintan las habitaciones de colores nuevos, y Mateo y Agustín incorporan la vida de sus abuelos a las suyas, en la reunión de trabajo que todas las semanas tiene el Equipo Argentino de Antropología Forense anuncian que un juez federal inició un nuevo expediente de búsqueda y se avecina una excavación.

Dentro del Equipo hay muchas personas trabajando. Algunas están en el país, en diferentes provincias, otras están colaborando con la Cruz Roja Internacional, un grupo capacita a colegas científicos en ciudad de México, otro se encuentra en Tailandia. No es raro que alguien llegue con su equipaje directo del aeropuerto o parta hacia allí desde la oficina. Siempre en movimiento, esas reuniones les sirven para ponerse al día con todo lo que están haciendo desde los últimos años de la dictadura.

Cuando preguntan quiénes quieren ocuparse de la próxima excavación, Eduardo, Beatriz y Andrea levantan la mano. Quedan comprometidos con esa actividad, la seguirán de cabo a rabo. Sonríen: han trabajado varias veces en equipo y se llevan muy bien.

Beatriz es la que tiene más experiencia. Ella misma fue quien les enseñó a Eduardo y a Andrea gran parte de lo que saben. A Eduardo, allá por los 90; a Andrea, hace unos siete, ocho años. Apenas llega el expediente con el pedido de exhumación, es ella la que lee y resume en voz alta lo que dice:

—La investigación empezó a partir de la declaración de un trabajador o trabajadora del lugar en el año 85 que pidió sostener el anonimato. Más tarde, en el 99, esa misma persona insistió en su denuncia, pero como nadie más la corroboraba, el juez decidió mantenerla en el cajón. Hace algunas semanas, otro trabajador del lugar, Roberto Romero, se acercó a declarar y contó algo tan parecido a lo que tenían en aquella vieja carpeta que, bueno, incorporaron ambos testimonios a la causa. La verdad es que parece bastante consolidada la información —concede Beatriz.

—¿Podemos contar con Romero?

—Sí, sí. Dice acá que podemos contar con su ayuda. Se jubiló hace poco...

Eduardo asiente con la cabeza. Cada testimonio que se suma y genera excavaciones le da esperanza. Faltan

muchos cuerpos por encontrar y saben que los jueces van sobre pistas seguras, pues cada intervención del Equipo es costosa y suele desencadenar sorpresas, revelaciones inesperadas, hechos que atraen al periodismo y obligan a dar explicaciones.

—Qué bueno que Romero haya hablado —opina—, porque para que la otra persona haya insistido en su denuncia tiene que estar muy segura de lo que vio.

—Lo de Romero fue más que ver. Al parecer, lo obligaron a cavar la fosa... Tenía quince años, pobre...

—¡Ah, la pelota! ¡Qué fuerte! —exclama Andrea.

—Muy. La documentación es sólida, tendremos ayuda... ¿Qué vamos a buscar? —pregunta Eduardo.

—Según los datos se trataría de una fosa común, donde arrojaron varios cuerpos —responde Beatriz—. Algo que agregan es que no hay constancias de esto en el Libro del Cementerio ni actas de defunción que se correspondan con la fecha aproximada de los relatos.

—¿Cuándo tenemos que ir? ¿Tienen idea del tamaño de la zona a prospectar? —pregunta Andrea.

—Al parecer la fosa está en un sector que llaman "H" y es bastante amplio. Pero... si Romero nos ayuda... ¿Quién te dice? Capaz terminamos en un día.

22

Prospección

Cuando llega la mañana acordada, con todas las herramientas y los contenedores listos, el Equipo parte rumbo al cementerio. Al estacionar, desde la camioneta ven que están en el lugar el juez de instrucción, la secretaria, el director del cementerio, el médico legista y un hombre que, deducen, es Roberto Romero. Beatriz y Eduardo comentan con alivio que se ahorrarán el paso por los juzgados. Andrea, que es la más puntual, se alarma.

—Ey, ya están todos... ¿Llegamos tarde?

—No, para nada, tranquila, llegamos quince minutos antes. Se ve que hay ansiedad —le responde Beatriz.

—Bueno, chicas, yo me ocupo del juez y del papeleo, Bea dirige y Andre asiste. ¿Les parece?

Andrea y Beatriz dicen que sí mientras se acercan a mostrar sus acreditaciones.

Sin demoras, el director del cementerio les presenta a Roberto y lleva a todos los presentes al sector "H". El terreno es grande, parquizado, con una decena de lápidas en el costado derecho. Los ojos de Roberto no pueden evitar mirar hacia el jacarandá, que extiende sus ramas bien alto y apenas se agita.

—Romero, díganos por dónde empezar, por favor —le pide Andrea.

El director, que no quiere perder protagonismo, toma la palabra:

—Por ahí no puede haber nada porque al utilizar esos lotes nos hubiéramos dado cuenta de la irregularidad —dice, señalando hacia la derecha.

—Muy bien —responde Beatriz con amabilidad y firmeza—. Si el señor Romero está de acuerdo, comenzaremos a partir del límite con esos lotes, entonces. Según las declaraciones, la fosa que buscamos no puede estar muy lejos. —Y luego, agrega, mirando a sus compañeros—: Vamos a tener que hacer una trinchera siguiendo esa línea...

—Perdón —interrumpe Roberto, extrañado—, ¿las declaraciones? Yo hice una sola.

—No le contamos, Romero —contesta el juez—. Antes que usted hubo otra persona que declaró prácticamente lo mismo.

—¿Habrá sido Luis Gómez, de casualidad? —pregunta Roberto, pensando en su viejo amigo.

—No sabría decirle. La persona declarante pidió mantener el anonimato —responde el juez.

—Dígame —interrumpe Beatriz—: ¿A usted le parece que si hacemos una trinchera todo a lo largo por acá, vamos a encontrar la fosa?

—Sí —responde Roberto con seguridad, mirando el tronco del jacarandá, la distancia hasta el portón del fondo, y comparando lo que ve con lo que recuerda—. Casi seguro.

Beatriz dirige la mirada hacia donde miró Roberto. El árbol, alto y preparándose para florecer, se balancea, saludándola. En su mente aparece al instante una melodía: *... una flor y otra flor celeste...*

—¿Cuatro por uno les parece bien? —pregunta Andrea, mientras abre los bolsos y toma las estacas y los cordeles que usan para marcar las zonas de excavación.

Eduardo asiente con la cabeza mientras les dice al director y a Roberto:

—Vamos a necesitar que dos de los muchachos nos ayuden cavando una trinchera de cuatro metros por uno, por dos paladas de profundidad.

—Ningún problema. Para eso estamos acá. ¡Muchachos! Ya escucharon —contesta el director, haciendo señas con el brazo para que dos hombres de unos treinta años se acerquen.

—Espere, espere —lo detiene Andrea—. Primero tenemos que relevar el terreno.

—Bueno, entonces, mientras ustedes avanzan con esto, nosotros nos vamos con el señor juez, la señora secretaria y el señor médico a la oficina del señor director a llenar papeles, ¿les parece? —dice Eduardo, exagerando las amabilidades para generar un buen clima de trabajo.

—Por supuesto, vayan tranquilos que acá con Romero y los muchachos estamos perfectas —agradece Beatriz, sumando sonrisas. Ambos saben que, cuanto más relajado sea todo, mejores chances hay de avanzar en el sentido correcto.

23

Excavación

Los empleados del cementerio saludan con cariño a Roberto y se ponen a conversar a un costado mientras las científicas señalizan la zona con cuidado y comienzan a trabajar.

Al tiempo que Beatriz pasa el detector de metales, Andrea va tomando fotos de lo que su compañera encuentra. En movimientos ajustados que parecen una coreografía, el aparato baila sobre el verde del césped, revelando algunas monedas en la superficie y algo a más profundidad en el segundo sector de la trinchera. Andrea marca el lugar con una estaca.

Cada hallazgo es fotografiado primero y, luego, guardado en una bolsita de evidencia diferente; con marcador indeleble escriben en la bolsita la ubicación exacta y una descripción breve de lo que hay dentro.

Ellas no se dan cuenta, pero Roberto y los muchachos no les quitan los ojos de encima. Las dos mujeres se mueven con una soltura que genera respeto. ¿Qué anotan? ¿Qué comentan? ¿Qué ven en cada depresión del terreno, en cada diferencia de color de la tierra?

Poco a poco, recorren por completo el espacio delimitado al comenzar y lo dejan listo para que los trabajadores del cementerio quiten, palada a palada, los primeros cuarenta centímetros de tierra.

Mientras ellos cavan, las científicas sacan de una de las mochilas un equipo de mate y descansan: ya pasaron más de dos horas desde que llegaron.

Pronto los primeros cuarenta centímetros de tierra forman una loma en un rincón alejado de la trinchera. A partir de esa profundidad ya no se puede seguir con las palas grandes, tienen que avanzar con precaución, con palas más pequeñas, así que agradecen a los muchachos: a partir de ahí continuarán sin ayuda.

Roberto les dice que, si no lo necesitan, se va a tomar unos mates al taller. Que le avisen, cualquier cosa.

Apenas se alejan, Andrea toma el cucharín:

—Muy bien. Empecemos, entonces. Quiero ver qué hay donde sonó el detector. Sigue puesta la estaca, ¿no?

—Okey, dale. Vos al medio entonces. Yo empiezo por esta punta y Eduardo, cuando venga, por la otra —le responde Beatriz.

Las dos trabajan en sintonía y con absoluta concentración.

Apenas regresa, Eduardo guarda el papelerío y se suma.

Andrea llega muy pronto al primer descubrimiento: una lata de metal de leche en polvo metida dentro de una bolsa de supermercado.

—¿Vemos ahora qué hay adentro? —pregunta mientras le saca unas fotos.

—No, no. Dejémoslo para el laboratorio —responde Beatriz.

—Okey, la guardo entonces. Las declaraciones dicen que cavaron cerca de dos metros. Busquemos los bordes de la fosa.

—Me parece que acá hay un borde. Escuchen cómo suena —dice Eduardo mientras golpea la tierra con el mango de su cucharín—. Bea, ¿querés que los llamemos de nuevo para que nos ayuden un poco más?

—Concentrémonos en este lado, entonces. Si son varios cuerpos y los arrojaron unos sobre otros, no vamos a tardar mucho en llegar al primero, me parece... —responde Beatriz, pensativa.

Avanzan: toman fotos, hacen anotaciones, remueven la tierra de a poco, la acumulan en baldes. Baldes que, cuando se llenan, se descargan acrecentando la loma del fondo.

Más fotos, más notas, comentarios ocasionales de detalles solo visibles para el Equipo.

Más baldes, más notas, más fotos, más profundidad.

De lejos, Roberto y los muchachos observan. Uno de ellos busca en el celular "Equipo Argentino de Antropología Forense". Recorre la página web. Se desayunan con que son las personas que lograron identificar a los soldados de Malvinas, a víctimas de genocidios en muchos países de América, de Europa, ¡hasta de África!

24

Exhumación

—¡Venimos bien, eh! El día está precioso, por suerte —dice Beatriz mientras vacía un balde lejos de la trinchera.

—Cielo turquesa, clima templado, sin viento... Tuvimos suerte. ¿Se acuerdan de cuando nos agarró el temporal ese tremendo? ¿En qué provincia fue? —rememora Eduardo—. Andrea creo que no estaba.

—Uff, dificilísimo... ¿Córdoba? ¿Tucumán?

—Ey, me parece que acá hay algo —anuncia, dudosa, Andrea—. ¿Una falange del pie?

Beatriz y Eduardo se acercan. Andrea, pincel en mano, retira la tierra del hueso que ha quedado por encima de los demás.

—Llegamos, chicas. Esos son huesos de un pie —suspira Eduardo al ver que a ese le siguen otros. En dos pasos se acerca al lugar donde tienen sus implementos

mientras dice—: Pongamos el tablón de madera, así trabajamos sin pisar la fosa.

—Ay, ay, ay... —suspira Beatriz cuando Andrea revela el hallazgo siguiente—. Huesos de un pie y, al lado, un cráneo. ¿Qué nos dice esto?

—Que entrecruzaron los cuerpos. ¡Aggghhh! —se enoja Andrea—. ¡Nunca me voy a acostumbrar!

—Está muy bien que no nos acostumbremos nunca, nena —dice Beatriz, pasándose el brazo por la frente—. Ya que estamos en el meollo de la cuestión, descansemos, que después es más difícil parar.

Luego de un descanso, con sus cucharines, sus zarandas, sus estecas y pinceles, el equipo avanza. Han trabajado tantas veces juntos que cada integrante sabe qué hacer sin que sea necesario consultarles a los demás.

Al descubrir un esqueleto completo deben tomarle fotos junto a una escala que les permita saber el tamaño con solo mirar la imagen, y a una pizarra con los datos precisos del cementerio y la ubicación. Acto seguido deben levantar con sumo cuidado cada hueso comenzando por el cráneo y colocarlos en bolsas de papel en las que escriben la ubicación y el nombre del hueso que contiene.

Mientras Eduardo se ocupa de levantar y guardar y Andrea, de tomar fotos, Beatriz completa una planilla, el "inventario óseo", en la cual se informa todo lo que

van descubriendo y la posición en la que se encuentra el esqueleto.

De todas las etapas de una exhumación compleja como la que el Equipo tiene entre manos, la de levantar e inventariar es la más fácil y expeditiva. Les permite tomarse descansos, estirar los músculos, compartir anécdotas de sus familias, despejar la cabeza unos minutos.

Uno a uno, cinco esqueletos son exhumados. No hay ropa. Tampoco sogas. Eduardo encuentra un par de proyectiles. Los recolecta y registra. No se detiene a pensar en qué hacen ahí esas balas. Ya analizarán las causas probables de muerte en el laboratorio.

Horas después, cuando el último hueso ha sido removido y lo que se observa es tierra compacta, intocada, virgen, Andrea se incorpora, estira la cintura y mira a Beatriz y a Eduardo.

—¿Podemos decir que terminamos?

—Podemos —responde Beatriz mientras va tomando las herramientas para guardarlas.

Agotadas, en silencio, cada una por su lado, las científicas piden un deseo para las personas que esos huesos han sido. Es un minúsculo ritual de respeto y una caricia a la memoria de quienes más tarde, si la fortuna sigue acompañándolos, identificarán.

Eduardo, con un suspiro, susurra una serie de frases que solo él conoce. Muchas veces sus compañeras le han preguntado al respecto, pero él, que busca a un

hermano y a una cuñada, no responde. Al terminar, con ojos vidriosos, agarra la carpeta de documentos y se dirige a las oficinas para comunicarle al director del cementerio el final exitoso de la exhumación.

25

Un pedido inesperado

En La Plata, Mateo y Agustín acuden apurados a lo de la nona Nelly. Les había mandado un mensaje de audio para que fueran a su casa sin adelantarles el tema, pero el tono de la voz, fingiendo que no pasaba nada, los alarmó un poco. Cuando llegan, la encuentran regando las plantas, tranquila.

—Pensamos que te sentías mal de salud, nona —dice Mateo—. Tenías la voz rara. ¡Nos asustaste!

—Pasen, pasen. Estoy un poco resfriada, sí, pero no los llamé por eso. ¿Ya merendaron?

—No...

—¡Pero cómo no! Tienen que comer, están creciendo. Vengan que les preparo algo. Mami no llegó del viaje, ¿no? Ay, cómo trabaja esta chica.

—Demasiado. Llega mañana. ¿Por? —responde Mateo siguiendo a la bisabuela a la cocina.

—Ah, bien. Sí, cierto. Me había dicho. Saben que me llamó Alicia, encantada con la visita que le hicieron. Encantada.

—¿Cómo? —se sorprende Agustín mientras se sienta en una de las cuatro sillas que hay alrededor de la mesa de la cocina—. ¿Vos te hablás con Alicia?

—¿No era que había una pelea entre las familias o algo así? —pregunta Mateo, sentándose al lado de su hermano.

—Algo así, sí, hubo —reconoce ella—. Pero cuando falleció el nono, Alicia y Santino me llamaron y fue un gesto tan humano, tan amoroso, que tiempo después yo los llamé, los invité a tomar un cafecito, en fin. Retomamos la relación. Yo me llevaba muy bien con mi consuegra. La mamá de Susi era un encanto, nos queríamos de verdad y nos consolamos mucho entre las dos cuando se llevaron a los chicos. Pero los hombres...

—¿Cómo fue esa pelea, nona? Yo no entiendo bien qué pasó —dice Agustín.

La nona se sienta frente a los chicos y suspira.

—Ay, ay. No es algo que me guste recordar.

—Ehh, ¿para tanto fue? —pregunta Mateo.

—Mi consuegra y yo lo vivimos con mucha tristeza y mucha bronca, la verdad... Lo que pasó fue que el nono Jorge, sin consultar con nadie, con la ayuda de un abogado conocido que trabajaba en el Registro Civil, el que está en el centro, le modificó el documento y el acta

de nacimiento a Mercedes. Le sacó su primer nombre, Ana. Así, de prepo.

—¿La pelea fue por lo del nombre? —dice Agustín mientras su hermano, al mismo tiempo exclama:

—¡Pero es ilegal cambiar esos documentos!

—Cuando el papá de Susi se enteró, se puso como loco. Y nosotras llorábamos mientras hablábamos por teléfono, sin poder creer que Jorge hubiera actuado a espaldas de ambas familias. El nono dijo que lo había hecho por la nena, que no paraba de llorar cuando la llamábamos Anita. Pero para Carlos lo que hizo Jorge fue como clavarle un puñal a la memoria de su hija: Ana era el nombre que Susi había soñado para su beba desde siempre. Ellos estaban afuera, exilados, sin poder volver... Encima nos enteramos de casualidad.

—¡Uff! Tremendo bolonqui... —suspira Mateo.

—Fue tremendo, sí. El nono sabía la situación de la familia de Susi y se aprovechó. Nunca le perdoné lo que hizo. Intenté que Mercedes supiera que también se llama Ana. Susi y Jorgito le cantaban la canción de Almendra, "Ana no duerme".

—Eso me contó mamá. Y que odia esa canción —agrega Agustín.

—Capaz porque ya no están los abuelos para cantársela —arriesga Mateo, pensativo.

—Pobrecita... Pero bueno, mi marido siempre fue muy dominante. El dolor de perder a su único hijo lo alteró

para siempre, nunca pudo reponerse, aunque aparentara que sí. Y la nieta pasó a ser el centro de su vida. Con lo malo y con lo bueno, Mercedes y ustedes fueron lo más importante para él. Eso tengo que reconocérselo.

—No nos dijiste nada de todo esto el otro día.

—Es cierto... es que no sabía cómo iban a reaccionar.

—No le contamos a mamá que fuimos a lo de Alicia. ¿Vos? —pregunta Mateo a su bisabuela.

—Tampoco.

—Yo me siento mal por no contarle —dice Agustín.

—Le vamos a contar, pero no ahora. Escuchen: hablé de algo con Alicia que quiero comentarles.

—¿Qué? —preguntan los chicos al mismo tiempo.

—No sé si saben que la familia de Alicia dio sangre hace muchos años para encontrar los huesitos de Susi. En aquel momento, cuando me contaron, se ofrecieron a acompañarme para que yo también buscara a Jorgito, pero no me animé. Me sentía muy sola, no tuve coraje. Pero ahora...

—¿Ahora qué?

—Ahora quiero hacerlo porque ustedes están conmigo, querido —responde Nelly—. Ustedes me dan fuerzas.

Pasado el momento de sorpresa, Mateo y Agustín celebran la idea.

No saben bien cómo es eso de ir a dar sangre para encontrar al abuelo; deciden buscar la información en internet.

La pantalla del teléfono de Agustín se llena de opciones. Lee una nota periodística en la que se nombra al Equipo Argentino de Antropología Forense. Resalta esa frase, la copia y la pega en el buscador. Cuando la página web aparece, la abre. Scrollea hasta que encuentra una frase: "Soy familiar de un desaparecido". Toca ahí. Se despliega una guía de preguntas y respuestas.

—*YESSS!* —exclama Mateo mientras va leyendo junto a su hermano—. Acá está todo lo que necesitamos saber, nonita.

Horas más tarde, cuando los bisnietos ya se han ido, Nelly piensa mientras poda las plantas. La genética le parece mágica. ¿Cómo puede ser que en cada partecita de su cuerpo haya una sustancia química que la distinga de otras personas y que, a la vez, la una a su familia?

Mucho de lo que Mateo y Agustín le contaron ya se le está olvidando, pero lo que le quedó claro es que el *trámite* que tiene que hacer no es muy diferente a ir a medirse la insulina a la farmacia: pedir un turno, ir, que le pinchen el dedo y esperar a que analicen la gota de sangre.

Después viene la parte diferente, lo del laboratorio de genética en la provincia de Córdoba. ¿Cómo era eso? El perfil genético, eso. Lo del perfil genético... ¿Cómo era? Va a tener que volver a preguntarlo.

Lo que le quedó grabado es que si el Equipo de Antropología ya encontró a Jorgito, el perfil genético de su hijo

está analizado y guardado, esperándola. ¿Será que ya está ahí? La única manera de saberlo es ir a dar sangre.

Cuanto más lo piensa, más lo siente. Y cuanto más lo siente, más crece la ansiedad.

Jorgito, mi amor, ojalá te encuentre pronto, le susurra al aire quieto de la noche.

26

Análisis

Al día siguiente de la exhumación, en el laboratorio del Equipo de Antropología Forense todo está listo para comenzar con el análisis antropológico y tomar las muestras para enviarlas al laboratorio de genética.

Beatriz mira el material etiquetado y suspira.

—¿Cansada antes de empezar, Bea? —le pregunta Eduardo.

—Maso. Ayer nos quedamos mirando una peli a la noche. ¡Estuvo buena! Pero dormí poco. ¿Hay café? Se me va a hacer largo el día —responde ella con una sonrisa—. Alcanzame los inventarios que me pongo a chequear que esté todo. Eso siempre me sirve para despabilarme.

Una vez controlados los inventarios, el paso siguiente es quitarles la tierra a los huesos y rearmar los esqueletos. Cada integrante del Equipo asume una tarea y se

sumerge en lo que tiene que hacer. Los sonidos propios del trabajo ocupan el laboratorio; la concentración también les da la calma que necesitan para hacerlo. Luego comienza el análisis antropológico.

Beatriz y Eduardo tienen los ojos entrenados y se comunican muy bien con pocas palabras. Saben que lo definitorio para relacionar a las víctimas con sus familias es el ADN, pero que esta etapa de la investigación es la que más tarde ayuda a entender qué pasó y suma a la búsqueda de justicia.

Delante del primer esqueleto, Eduardo comienza con las preguntas, organizadas en un modelo de informe que crearon hace muchísimos años y siguen con rigurosidad.

—¿Sexo?

—Femenino —responde Beatriz—. Mirá el cráneo y la pelvis.

—Coincido. ¿Edad?

—Diría entre veintiuno y veintinueve años. ¿Qué opinás?

—Lo mismo. Lo que no podemos decir es cuán alta era...

—Tal cual, las epífisis del fémur están muy erosionadas. La lateralidad, tampoco.

—Sí. A ver la dentadura...

—Tiene varios arreglos en las muelas. Faltan algunos dientes.

—Decime pieza por pieza.

Así continúan, zona por zona, observando desde cuestiones muy generales, como la edad y la altura aproximada, hasta detalles muy particulares, como huellas de fracturas ocurridas en la niñez, la impronta de algún proyectil u otras lesiones que puedan servirles para armar un relato sobre qué le pasó a esa persona en el momento de morir.

Paso a paso, descansando de a ratos, van llenando los huecos de las planillas que laten desde la pantalla de la computadora. Una vez que terminan de analizar los cinco esqueletos, todos femeninos, toman las muestras para enviarlas al Laboratorio de Genética Forense. Allí se harán los análisis de ADN.

Cuando ya están por celebrar que terminó el día de trabajo, Andrea ve la bolsa de evidencia que contiene la lata de leche y exclama:

—¡Nos estamos olvidando de este misterio! ¿Quién quiere revelarlo?

Eduardo y Beatriz se acercan. Sienten una curiosidad distinta, menos grave, más liviana. Andrea saca la lata de la bolsa, la abre con ayuda de una espátula y la da vuelta: rollos y rollos de dinero caen sobre la mesada.

—¡Plata! ¿Quién la habrá enterrado? —dice Beatriz, sorprendida—. Ey, pero paren... ¿son billetes de acá? No los reconozco...

Eduardo toma un rollo y lo desarma. Al mostrárselo a sus compañeras, se ríen:

—¡Patacones!

Andrea toma otro: ¡lecops! Beatriz, otro: ¡federales! Todos y cada uno son rollos de cuasimonedas de la crisis de comienzos del siglo XXI. Dinero que no vale nada, dinero que nunca se sabrá quién enterró, ni cuándo, ni por qué.

27

Discutir así

Mateo cierra la puerta de un golpe y deja a Mercedes gritando del otro lado. Se tira en la cama, se pone los auriculares y pulsa *play*. Empieza a sonar una canción de ritmo ágil y ligero que apaga de inmediato. En ese segundo escucha que golpean la puerta.

—¡Quiero estar solo!

—Soy yo. Acabo de llegar y no entiendo nada —dice Agustín desde afuera del cuarto.

Mateo se levanta y abre la puerta.

—¿Y mamá?

—En el balcón. Hablando por teléfono a los gritos.

—Con la nona, seguro.

—¿Qué pasó?

—Nada, lo de siempre: que si no hacemos lo que ella dice, se pudre todo.

—...

—Habló con papá y se enteró de que estoy al horno con las faltas en el colegio. Me retó y yo le dije que no se haga la que le importan mis faltas y se ofendió y yo me enojé y me mandé un moco, me parece.

—¿Qué moco?

—Le dije que por su culpa nos perdimos un montón de cosas buenas con la familia de la abuela Susi: fiestas, asados, cumpleaños... Porque es verdad, ¿o no? —Agustín se tapa los ojos con las manos—. Sí, ya sé: salí con cualquiera. No pude frenar. No sabés cómo se puso. Pálida primero y después... pensé que iba a estallar. Y me gritó y yo también y bueno... Terminamos como siempre.

—Uff... Pero me parece que para ella no debe ser fácil llegar y ver que estamos a full con lo de los abuelos... Para mí que todo eso la asusta —arriesga Agustín, temeroso de molestar a su hermano.

Mateo gira la cabeza muy rápido para mirar a Agustín. En otro momento su respuesta habría sido "que se mejore", como canta Wos, o "*me ne frega*", como dice el papá. Pero esa noche, las palabras de su hermano son suficientes para ordenar un pensamiento que él mismo venía formando sin poder entender con claridad.

—Tenés razón, Agus —dice, palmeando el pecho de su hermano y corriéndolo, en el mismo movimiento, para poder pasar.

Se apura en llegar al balcón. Su mamá está sentada en el piso, con la espalda contra la baranda, las piernas

semiabiertas, una estirada, la otra plegada. Es la imagen de alguien que no sabe qué hacer. Mateo se agacha y la abraza.

—Ma, me cuesta mucho ponerme en tu lugar. Y supongo que a vos, ponerte en el mío. Como sea, perdoname, no está bueno que discutamos así. Yo te quiero un montón.

Mercedes se afloja en el abrazo de su hijo mayor y llora como cuando era una nena.

Un rato más tarde, mientras cocinan, ella siente que tiene que dar algunas explicaciones. No todo tiene que ver con la búsqueda que sus hijos están llevando adelante. Muchas cosas pasan al mismo tiempo, sin dar respiro.

Empieza por contarles que debería volver a viajar en una semana, que le dijeron que si quiere progresar en la empresa va a tener que viajar todavía más seguido y que está muy cansada. Que se siente un poco sola, además, y que después de cuatro años poniéndolo todo en el trabajo, ya no lo disfruta. Termina diciendo que sospecha que si no acepta los viajes, será difícil seguir trabajando en ese lugar.

—A mí me gustaría verte más, la verdad —dice Agustín.

Mercedes se conmueve, confiesa sus ganas de renunciar. Tomarse un año para decidir cómo seguir. Le preocupa el dinero, tendrán que arreglarse con menos para estirar los ahorros.

—¿No van a extrañar los regalos?

—Mamá, seamos realistas —responde Mateo—. Nunca vas a dejar de hacernos regalos.

—Es verdad. Sos una regaladora compulsiva —agrega Agustín.

Logran hacerla reír. Y tal vez gracias a la risa es que encuentra la manera de poner en palabras las emociones contradictorias que siente con respecto a la búsqueda de sus padres.

—Me da miedo que todo esto nos lleve a más y más dolor. No quiero más dolor. La nona está viejita. ¿Ustedes pensaron que estas emociones fuertes pueden descompensarla?

—Tranqui, ma —la serena Mateo—. Está todo bien. Hablamos con ella.

—Sí, sí. Ya sé. Acaba de contarme. Me retó incluso. ¡No quiero ser "la mala de la película"! —exclama Mercedes, que vuelve a emocionarse—. Todo esto es demasiado para mí.

—Ma, ni Agus ni yo pensamos que vos seas *mala*. Los malos de esta película son otros...

—Eso, ma —agrega Agustín y luego, refuerza, cantando—: Te queremos mami, te queremos.

28

Genética

Un par de meses después, varios informes juntos llegan a las computadoras del Equipo de Antropología Forense. Beatriz y Eduardo esperan a Andrea para leer los resultados. Justo ella, que siempre llega primera, acaba de avisar por chat que se le pinchó una rueda del auto en el camino.

Apenas cruza la puerta, la vivan:

—¡Por fin! Mirá, no te vamos a dar tiempo ni para servirte un café.

—¿Qué pasa?

—¡Llegaron un montón de resultados del laboratorio de Córdoba!

—¡Ah, noooo! ¿Y me esperaron? ¡Son lo más! ¡Abramos los informes ya mismo! ¿Cuántos mandaron?

—A ver, pará que reviso de nuevo —Beatriz se fija y hay siete adjuntos en el mail.

Abre los informes y va leyendo.

—¡Uy, hay tres positivos! Y un cuarto en el que piden si podemos conseguir a otro familiar dador.

—Oh... —lamenta Eduardo—. Tres sin identificar que se suman a todos los que ya tenemos... Qué pena. ¿Se acuerdan de cuando hicimos la Iniciativa Latinoamericana? Ahí se acercaron muchos familiares...

—E-eyyyy, ¡pero también hay TRES positivos! ¡No es poco! —dice Beatriz.

—¡Eso, vamos por la positiva, Edu! —apoya Andrea.

—Sí, sí, sí, tienen razón. Veamos quiénes son. Perdón, no pude evitar pensar en la parte negativa —se disculpa Eduardo.

—Pará que busco los datos personales de los familiares —Beatriz abre otro archivo y teclea los números que asignaron a cada muestra en el Laboratorio de Genética Forense—. Bueno. Empiezo. El primer positivo es de una familia de Jujuy. El caso ya fue denunciado durante la dictadura. Familiares e HIJOS están en tema.

—Esa reunión viene fácil —dice Andrea.

—Mmm... Nunca se sabe cómo van a reaccionar, Andre. Pero bueno, de ese encuentro ocupate vos, después vemos quién te acompaña —responde Eduardo.

—Ok. Sigo. El otro... papapa... Acá están, una familia de CABA. Dieron sangre en la Iniciativa Latinoamericana. No hay mayores datos.

—Yo lo tomo —responde Eduardo.

—Ok. El tercer positivo también es de una familia que dio sangre en el 2007. Viven en Brandsen. Ah. Ellos también son querellantes en una causa.

—Bien, te dejamos ese a vos. ¿Y el cuarto qué es?

—Un resultado parcial. Piden que se cite a una persona que vino a dar sangre hace un par de meses.

29

Huellas indelebles

Llega el momento de hacer los llamados. La experiencia les indica que lo que tienen que transmitir no debe contarse por teléfono, así que cuando llaman, los integrantes del Equipo son amables y muy breves. Las citas se acuerdan lo antes posible.

Las reuniones con las familias siempre son distintas, quizá por eso a todos los del Equipo les gusta estar ahí cuando suceden. Y cuando no les toca estar, intentan andar "tras bambalinas", escuchando, sea en la Argentina o en México, El Salvador, Kosovo, Etiopía...

En ocasiones, estar detrás de la puerta es por demás útil, porque las personas, al enterarse de que los huesos de sus seres queridos han sido encontrados, se desmayan, o lloran sin consuelo, o ríen, o les da una crisis de nervios. Cualquier cosa puede pasar. Incluso que no manifiesten ninguna emoción y se retiren como si nada, dejando a todos en ascuas.

A la hora exacta de la primera reunión suena el timbre. Beatriz se apura a abrir la puerta, esperando encontrar a Alicia sola, pero descubre a un grupo de personas en el umbral.

—Adelante, por favor. Soy Beatriz. Llamé a Alicia por teléfono —se presenta con cordialidad, ocultando a medias su sorpresa—. No esperábamos tanta gente...

—Sí. Perdón si rompimos los protocolos —explica Alicia—. La señora es Nélida, la citaron para más tarde, pero ellos, Agustín y Mateo, mis sobrinonietos, nos unen y nos pareció que...

—Preferimos venir todos juntos —resume la nona Nelly con sencillez.

—Me encanta, me encanta —denme un minuto que llamo a mis colegas y traemos más sillas —pide Beatriz.

Pronto, Eduardo y Andrea se suman a la reunión con sillas, una jarra con agua y vasos para que la familia esté cómoda. Mientras, se presentan.

—Bueno, buenas tardes. Mi nombre es Eduardo, yo llamé a Nélida y ella es Andrea, otra compañera del Equipo que participó de las noticias que queremos compartirles.

—Qué tal, querido. Soy Nélida, la mamá de Jorge.

—Alicia, la hermana de Susana.

—Mateo.

—Agustín.

—Santino, el esposo de Alicia.

—Mucho gusto, un placer conocerlos —sonríe Andrea.

—Bueno, los llamamos por dos motivos, uno tiene que ver con Jorge y el otro, con Susana. Empecemos por el más técnico —comienza Eduardo y hace una pausa para abrir su carpeta—. No es para nada común que tengamos noticias tan pronto sobre un caso, pero al incorporar la muestra que Nélida dejó hace un par de meses surgió una posibilidad que podría avanzar si alguien más de la familia aportara su sangre.

Mateo y Agustín cruzan miradas. Ambos recuerdan que en la página web explicaban que la certeza de la identificación aumenta con la cantidad de familiares donantes.

—¿Cómo sería eso? —pregunta Santino.

—Nosotros no podemos informar los resultados de compatibilidad a menos que nos den un noventa y nueve con noventa y nueve por ciento como mínimo. Cuantos más familiares aporten su sangre, mayores son las probabilidades de que podamos completar la identificación. Estamos realmente cerca, debo decir...

—La sangre de mi nieta podría ser, ¿no? —pregunta Nelly.

—Sería ideal.

—Sí, pero si mi mamá no pudiera porque... bueno, por lo que sea, ¿servirían la sangre de mi hermano y la mía? —se adelanta Mateo, mirando a Eduardo.

—Esperá, mi amor —interrumpe la nona—. Me parece que hay que volver a hablar con tu mamá. Tal vez cambie de idea...

—Pero ponele que no, que todavía no está lista. ¿Nuestro ADN serviría? —insiste Agustín.

—Bueno, por supuesto. Ustedes son los nietos de Jorge, claro que serviría... En ese caso, siendo ustedes menores de edad —responde Eduardo, mirando a los chicos—, necesitaríamos que nos presentaran una autorización firmada por padre y madre.

—Ah... Yo creo que nos van a autorizar —opina Agustín.

—¿La toma de la muestra sería igual que la otra vez? —pregunta Mateo.

—Sí, sería igual que a Nélida —contesta Andrea.

—¿También serviría para encontrar a mi abuela?

—Bueno, no sería necesario. Y aquí pasamos al segundo motivo de las llamadas —responde Beatriz con una sonrisa tan plena que no hacen falta más palabras.

30

¿Cómo?

—¡La encontraron! —exclama Alicia dando un salto en la silla.

—Sí. Gracias a que el papá, la mamá y la hermana de Susana aportaron la muestra de sangre en su momento, sí, la encontramos... —anuncia Eduardo disimulando con éxito la emoción que siempre siente en estos momentos.

Alicia, entre lágrimas, abraza a su esposo:

—¡Santino, por fin, por fin!

La nona se derrumba en la silla. Es demasiada emoción.

—Nélida, ¿se siente bien? —pregunta Andrea, atenta.

—Sí, sí, querida. Es la felicidad.

—Tome un poquito de agua —le aconseja mientras le alcanza un vaso.

Después de unos minutos tan intensos que parecen una hora, Alicia afloja el abrazo con su esposo y mira

a Agustín y a Mateo, los toma de la mano, les sonríe mientras se le caen las lágrimas.

—Chiquitos... Ustedes trajeron suerte a nuestra búsqueda. Ustedes... Ay, perdón, es que no puedo creerlo... —murmura, con lágrimas y una sonrisa que ilumina más que el sol. Mirando a Beatriz, Eduardo y Andrea, agrega—: No pensé que viviría para este encuentro, deseamos tanto que sucediera... Mis padres lo desearon tanto... Gracias...

Cuando las primeras reacciones pasan, aparecen las preguntas. Para esos momentos, los integrantes del Equipo ya se han repuesto de sus propias emociones y pueden responder.

—¿Dónde la encontraron?

—En un cementerio, enterrada de manera anónima.

—¿En dónde, exactamente? ¿Y quién le hizo esto a mi abuela? —pregunta Mateo.

—Algunas cosas podemos decirles. Pero tal vez los detalles precisos podríamos conversarlos otro día —sugiere Andrea.

—Podemos organizar una reunión más adelante para hablar de todo eso. También podemos mostrarles los huesos —les informa Eduardo—. Tienen esa posibilidad, si quisieran tomarla...

La familia se mira sin saber qué decir. Beatriz los tranquiliza.

—No tienen que respondernos ahora. Podemos reunirnos las veces que quieran antes de avanzar en los trámites de restitución. Cada persona es un mundo y acá respetamos lo que ustedes deseen hacer. Solo sepan que tienen esa opción. No están obligados a nada.

—Gracias, Beatriz, Eduardo, Andrea, les agradezco un montón que aclaren esto. La verdad es que no puedo pensar bien qué hacer ahora. ¿Vos qué decís, Santino?

—Esperemos, mi amor.

—Vamos a esperar, sí. Ahora no puedo pensar bien en todo esto.

—Si apareció Susi, ¿puede ser que hayan encontrado también a mi hijo? —pregunta la nona.

—Luego de que otro familiar aporte su sangre vamos a poder responder esa pregunta —contesta Eduardo con un gesto que alienta a seguir la búsqueda.

—Lo importante es que tenemos una chance grande de encontrarlo pronto —dice Mateo, y le pasa el brazo sobre los hombros a su bisabuela.

—Estamos a unas gotas de distancia —agrega Agustín mirándola a los ojos, cargado de emoción—. Y si no es esta vez, vamos a seguir hasta encontrarlo, nona. Vos no te preocupes.

Nélida saca un pañuelito de tela del bolsillo. Mirando a las antropólogas, agrega:

—Estos dos, así zaparrastrosos como los ven, son los mejores bisnietos del mundo.

31

La medalla

Mientras la familia de Susana y de Jorge está reunida con el Equipo de Antropología Forense, Roberto recibe un mensaje en el chat del teléfono:

Hola, Roberto. Soy la abogada que te acompañó en la declaración que hiciste hace unos meses. Una señora quiere conversar con vos. Tiene que ver con lo que se descubrió en la excavación. ¿Puedo pasarle tu contacto?

Intrigado, responde enseguida que sí, que por supuesto. A los minutos recibe otro mensaje:

Buen día. Su abogada me pasó este número. ¿Puedo llamarlo?

Responde que sí. El teléfono suena:

—Hola, que tal, mucho gusto. Mi nombre es Elsa. ¿Usted es Roberto?

—Hola. Sí. Qué tal...

—Mire, disculpe la molestia. Quisiera conversar un ratito con usted. Para decirle gracias y hacerle unas preguntas. ¿Podría ser?

—Sabe que a mí no me dieron muchos datos en el Juzgado...

—Ah, perdone. Le cuento. Gracias a usted encontré a mi hija. Le debemos mucho...

—¡Ah! —Roberto siente fuerte el galope del corazón en los oídos.

—¿Podríamos vernos ahora?

—¿Ahora?

—Ay, sí, qué vergüenza. Perdone, capaz está trabajando. Seguro que está ocupado. No sabe lo que es mi vida en este momento... —se disculpa la mujer—. Soy de Jujuy... Tengo que conversar algo con usted. Unos minutos, nada más. Podría ir a verlo ahora mismo. Pero si no puede, no hay prob...

—Ah. ¿Venir a mi casa?

—Donde quiera... En realidad, si para usted no es problema, yo estoy yendo para el cementerio.

—Ah. Bueno... yo estaba... —duda Roberto hasta que ve el cartel de la cocina y el recuerdo de Milagros lo llena de luz—. Pero puedo ir. Puedo ir ya mismo.

—Muchas gracias. No sabe cuánto le agradezco. Lo espero. Voy a tener la foto de mi hija colgada sobre el pecho.

A la media hora, se encuentran en la puerta. Elsa es una mujer muy menuda, tiene la mirada de alguien que vive entre tormentas y resiste. Él le hace señas. Ella se acerca con pasos decididos y le estrecha la mano con firmeza, con afecto.

—Gracias, señor. Le agradezco tanto lo que hizo. Disculpe el apuro, es que soy de Jujuy y vine por unos pocos días.

—Mucho gusto, señora —responde Roberto—. No hay nada que disculpar, al contrario. Yo demoré demasia...

—Le agradezco de corazón, no se aflija por el tema del tiempo. Lo importante es que hoy estamos acá —lo interrumpe Elsa, enérgica y cálida a la vez—. Mire, lo que yo quisiera es que me mostrara dónde estaba Catalina, por favor.

—¿Catalina? —pregunta él llevándose la mano al pecho sin darse cuenta.

—Mi hija: Catalina. ¿Dónde la enterraron? —responde Elsa, ajena al terremoto interno que provoca el nombre en Roberto.

—Sí, claro, por supuesto. Es por acá, sígame —reacciona él, emocionado.

—Sabe que con mi familia buscamos a Catita desde que desapareció, en 1978. Sabíamos que había dejado Jujuy, pero como ella había entrado en la clandestinidad, le habíamos perdido el rastro. Creí que la íbamos a encontrar más cerca de casa. Ay, usted no sabe las que pasamos

todos estos años... ¡Y mire que la buscamos, eh! —cuenta Elsa mientras camina a paso rápido, adelantándose a Roberto, mirando para todos lados, nerviosa.

—Señora. Qué terrible. Lo lamento en el alma —dice Roberto, pensando que si le hubiera pasado a su Catalina también la habría buscado por cielo, tierra y mar.

Elsa se detiene, gira y le toma las manos.

—Pero la encontramos. Gracias a usted. Pronto, con la familia y toda la gente que la quería vamos a poder hacer el duelo como corresponde, darle paz.

Roberto respira hondísimo, aún abrumado por la coincidencia de nombres, y busca con la vista la copa del jacarandá.

—Fue allá, señora. Cerca de aquel árbol.

—¿Allá? Ah, mire qué cosa, siempre nos gustaron las florecitas del jacarandá.

Roberto asiente, mirando también él, una vez más, el árbol que sostuvo el recuerdo.

Andan el resto del camino sin hablar. Cuando llegan a la zona delimitada como lugar de memoria, Elsa se persigna, saca del bolsillo una medalla y se la muestra a Roberto.

—Sabe que yo le prometí a mi hija que le daría esta medalla, la de su nacimiento, a quien la encontrara. Y necesito cumplir mi promesa.

—No, señora —le responde él, conmocionado, retrocediendo unos pasos—. Por favor, es demasiado.

Elsa avanza, le toma la mano derecha, le coloca la medallita en la palma, se la cierra con un gesto amoroso y lo mira.

—Quédesela —le dice con un tono que no deja lugar a réplicas y continúa—: ¿Me daría cinco minutos a solas, por favor?

Roberto dice que sí y va a sentarse en el primer banco que está a la vista.

Una vez allí, abre la mano y observa la medalla. Hay una paloma en vuelo grabada en una de las caras del disco de oro. La da vuelta y lee en susurros:



32

De cara al futuro

Después de despedirse, la familia de Jorge y de Susana sale de las oficinas del Equipo Argentino de Antropología Forense y avanza por las callecitas de la ex Esma. Están conmovidos. Caminan al ritmo de la nona Nelly. Los bisnietos la rodean, le hablan en voz baja. Detrás, Santino abraza a Alicia, que sigue llorando y sonriendo sin solución de continuidad.

En la entrada, con anteojos negros y un abrigo cerrado hasta el cuello que no combina con el clima del día, Mercedes, entre temblores ¿de frío? ¿de nervios?, espera. No le avisó a nadie que estaría ahí. Ni ella sabe bien por qué fue, pero ahí está.

Todavía no la han visto. Intuye que, cuando lo hagan, sus hijos se apurarán a abrazarla. De verdad necesita ese abrazo para dar los pasos que quiere dar.

En el hombro le cae una florcita lila.

La toma con cuidado y la observa.

La huele, aún tiene perfume.

La gira entre los dedos y, al mirar al frente, ve que su familia se acerca.

Escucha que Mateo exclama *¡Mamá!*

Nota que Agustín apura el paso.

Sin poder evitarlo, sin entender por qué, sin saber a quién, Mercedes murmura con una emoción inesperada, casi para ella misma,

gracias.

Agradecimientos

A todas las personas que hicieron posible que mi mamá y yo pudiéramos enterrar las cenizas de papá y atravesar un duelo suspendido durante treinta y siete años. En especial, a Pato Bernardi, por la amistad y por la generosidad con la que me asesoró para que avanzara con confianza sobre los aspectos científicos de esta historia.

A Laura Leibiker y Laura Linzuain, queridas editoras, por trabajar codo a codo y en equipo para que nuestros libros sean mucho mejores que los manuscritos que les confío.

A mi familia y a mis amigos y amigas, personas imprescindibles para mí, por cada mirada amorosa, cada palabra de ánimo, cada sonrisa, cada abrazo.

Índice